

A top-down photograph of a white ceramic cup filled with dark coffee, sitting on a matching saucer. The cup and saucer are placed on a light-colored, textured surface, possibly a piece of fabric or paper. To the left of the cup, two cinnamon sticks are visible. Below the cup, there are some small, dark, square-shaped objects, possibly chocolate or cookies. A newspaper clipping is partially visible under the cup and saucer, with text from an article about the MMDA (Metropolitan Manila Development Authority) and the Rotonda. The text on the newspaper includes phrases like "the pointlessness of searching", "as the 'MMDA enforcer' instructed the", "boss and tell him to do a 'SMART Padala' to cellphone", "Corruption at the level of mobility?", "MMDA wants to implement the no-contact", "traffic violators. Is it convenience", "conviction to make the arrests and make", "Do we wait and let a traffic violator carry", "wrong driving habits for months if not a", "let them know they've been tagged? I", "them on the spot, spoil their day and make", "as soon as possible.", "What Rotunda?", "In case you don't know or have not heard about it the", "Shaw Boulevard Rotunda that used to be a major land-", "mark between the old provincial capitol, Pasig's motel", "and Barrio Kapitolyo has been sneakily removed", "row and Barrio Kapitolyo has been sneakily removed", "They did it so well and so slowly", "motorists and pedestrians are now asking", "this hide and seek going to take.", "For some time, motorists and motorists are wondering", "or local authorities have decided on", "management. Will there be a traffic", "between Shaw Boulevard, Capitol", "Barrio Kapitolyo? Or will it be one of", "intersections maintained by humans or", "of the Pasig TPMO?", "People are also asking about the huge diggings and", "unfinished concrete posts at various points 'around'", "the intersection. Vendors in the area claim they are", "for an elevated platform for pedestrians. But how", "come they've stopped working on the project for the", "last three months, blocked walkways and shrunk the", "entry into the village? With people, motorcycles and", "cats fighting for space, this 'construction site is now", "an 'accident waiting to happen.'", "It would help if the people or government offices", "both local and national came out to explain or clarify", "exactly what they intend to do and why on earth is the", "project taking so long and why were the contractors al-", "lowed to dig, dump, and wall the pedestrian walkway?", "Still in the area of Pasig, as I drove down from Meralco", "Avenue to St. Paul Road, to St. Martin, I was surprised", "by a number of vehicles that would suddenly counter", "flow at high speed nearly coming into my lane head-on.", "soon discovered that they were all avoiding driving over", "a speed hump by driving around it because the hun-", "was only on half the road and not totally across.", "These half-humps may seem practical cost cutt-", "ideas but in truth they are an engineered invitation", "accidents. A year or two ago three kids reportedly", "in a car accident inside Alabang Village. Accordi-", "one of the residents, the kids were doing exactly", "the half-hump avoiders were doing. My guess", "kids drove one side of tires by the canal and th-", "side over the humps. Whatever the means or s-", "St. Paul road half humps are too much of a ter-", "and a risk and should be completed across t-", "road! The same should be done for hump", "traffic areas in Metro Manila.", "talk@gmail.com".

MATILDE DEBE MORIR

OMAR WEILER

LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTA NOVELA FUE EDITADA POR EDITORIAL BÄRENHAUS

PRIMERA TRADUCCIÓN A CARGO DE CRISTIAN ACEVEDO.

A Omar Acevedo. Por su resignada inteligencia. Por el regalo de tantas libertades. Por su amistad.

Pero no se da vida en vano a un personaje.

Criaturas de mi ingenio, aquellas seis vivían una vida que era la suya propia y ya no me pertenecía, una vida que ya no estaba en mi poder negarles.

Seis personajes en busca de un autor

Luigi Pirandello

ADVERTENCIA

CAPÍTULO I

La novela transcurrirá en un bar. Del bar bastará decir, por si llegara a interesarle, que existe y que está ubicado en la esquina de Charcas y Armenia. Sí: es un típico bar de Palermo. Uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. En él, apenas usted pase al siguiente capítulo, verá que hay tres personas. Y enseguida llegará una cuarta. En realidad habrá más personas entrando y saliendo, por supuesto: se trata de un bar. Pero, las personas que podrían considerarse el motor de esta historia, aquellas que califican como personajes, serán apenas cuatro.

Uno será Valentín, el mozo. Otro, el bigotudo de la mesa 2. Y el personaje principal será la mujer que muy pronto entrará en el bar y se sentará a la mesa que da a la ventana de la calle Charcas. Más atrás, a un lado de la barra, siguiendo el pasillo que da a los baños, habrá otro personaje. Ahí es donde usted se ubicará. Caminará hasta esa mesa y se ubicará en ese personaje. No a un costado, no frente a él. Sino *en él*. Usted será ese que ahora se mantiene estático, aquel que sostiene un pequeño libro de tapas azules y que ni parpadea. Desde allí, desde aquel insulso hombre, usted atestiguará los sucesos que justificarán —o no— el desarrollo de esta novela. Pero cuidado: usted no será un mero testigo, usted participará de los acontecimientos.

De momento, aquel hombre que usted ocupará no se mueve, pero sólo de momento: sigue esperando a que usted dé vuelta la hoja.

Aunque, antes de voltear la hoja (o de cerrar este libro maldito y dárselo a alguien a quien usted odie), debo advertirlo: si usted decide ubicarse en el lugar de aquel hombre, deberá asumir las consecuencias. Este y no otro es el momento de decidirlo. Si avanza una línea más, no habrá posibilidad de arrepentimientos.

La acción comenzará con un futuro apremiante y estremecedor; y si quiere enterarse de más, la responsabilidad será toda suya.

Aunque lo parezca, esto no es un juego.

Hablamos de la vida de una persona.

CAPÍTULO II

Esta misma semana, Matilde —la persona en cuestión— será asesinada: el cuerpo sin vida de Matilde será hallado a metros de la salida de este mismo bar. Y así como cada uno de los que, por esas horas frecuentan el bar de Charcas y Armenia, usted —no podrá decir que no ha sido advertido— será uno de los sospechosos.

Del homicidio de Matilde no habrá grandes repercusiones: los diarios se abstendrán de publicar la noticia, los vecinos no hablarán de lo sucedido. La vida continuará sin reparos, como si tal cosa. Y pronto, sólo usted y los otros dos recordarán que alguna vez ella caminó entre nosotros.

Ahora —en menos de dos minutos—, Matilde entrará en el bar, el de siempre. Lo hará hablando por teléfono. “Habla Matilde, ¿cómo estás?”, dirá con una sonrisa. Y de esta manera usted sabrá su nombre: Matilde. No su apellido. Su apellido lo sabrá recién después del asesinato.

Así como lo hace todas las tardes, Matilde se sentará a la mesa que da a la calle Charcas, pedirá un café con leche con dos medialunas, abrirá su cuaderno anillado y se pondrá a escribir. Y, ajena a todo, sólo examinando su celular de tanto en tanto, escribirá y tachará y seguirá escribiendo hasta antes de que anochezca. Y usted deducirá que ella escribe con angustia: aunque en ocasiones pareciera provocarle un enorme gozo, la mayor parte del tiempo ella sobrelleva la tarea como encadenada a un padecimiento inevitable. Bufo, se muerde el labio, niega repetidamente con la cabeza, bufa otra vez, cierra el cuaderno, lo tira en la cartera, paga y se va sin mirar a nadie. En una ocasión, usted la verá secarse las lágrimas con una servilleta de papel.

Sin embargo, la última vez que usted la verá con vida, ella escribirá con una sonrisa inusual adherida a la cara. Y usted conjeturará que tal regocijo tiene que ver con que por fin ha terminado su trabajo.

De modo que su muerte coincidirá —si acaso será una coincidencia— con la culminación de su obra.

Que la obra es una novela será más que una conjetura inicial: al dar por cerrado cada capítulo —lo que usted creará cada capítulo—, Matilde lo lee en voz baja. Y así es cómo usted llegará a la conclusión de que ella escribe una

novela, que es clara escribiendo: consigue con facilidad que sus palabras se conviertan en imágenes; y que, además, Matilde posee una hermosa voz.

Del otro lado de la barra, Valentín no sabrá que ella ha entrado. Y, aunque siempre está pendiente de la llegada de Matilde, hoy no la verá: para cuando ella entre, Valentín estará soportando las quejas del encargado. Que preste atención, que en la mesa 7 estuvieron esperando casi diez minutos y que se fueron a las puteadas. Que no es la primera vez y que la próxima va a tener que suspenderlo. “Concentrate, Valentín”, dirá el encargado, “Andá que llegan más clientes”.

Por eso Valentín no notará la llegada de Matilde sino hasta que termine de atender al bigotudo de la mesa 2.

El bigotudo de la mesa 2 también es frecuente: todas las tardes, prácticamente a la misma hora en que Matilde se sienta a la mesa que da a la ventana de la calle Charcas, se ubica en la otra punta del bar, a escasos metros de la columna que sostiene el 42 pulgadas.

Hoy, al igual que todas las tardes, pedirá un capuchino. Y pasará las horas hojeando el Clarín.

Valentín se habrá acercado y le habrá tomado el pedido. “¿Lo de siempre?”. Y el bigotudo habrá contestado con un ademán. Y habrá vuelto la vista al diario.

Como ya se ha dicho, todas las tardes —además de pedirse un capuchino—, el bigotudo de la mesa 2 lee el diario. Sin embargo, jamás levanta la cabeza para ver las noticias en el 42 pulgadas colgado a unos metros. Lo que a usted, después de observarlo durante poco más de dos semanas (de observar —de puro aburrido— su recurrente actitud en este bar de sobradas recurrencias), le parecerá levemente extraño. Es decir: el bigotudo se interesa por las noticias del diario, ya caducas, pero jamás por las imágenes que se repiten, estridentes, cinematográficas, frente a sus ojos.

Pero, para el caso, el bigotudo no le parecerá más extraño que la mismísima Matilde, que pasa las tardes ajena a todo, escribiendo y leyendo y

resoplando y, muy rara vez, sonriendo. Ni más extraño que la conducta de Valentín, con ese absurdo moño y ese chaleco enorme que lleva estampado su nombre, que toda vez que advierte la presencia de Matilde se queda idiotizado y no puede dejar de mirar —tanto de reojo y al pasar, como en dilatadas miradas de amor— a la chica que escribe y que murmura junto a la ventana de la calle Charcas.

Valentín, quien muchas veces parece ingresar en un estado de pausa programada, carente de voluntad y movimiento, casi catatónico, no es más extraño que el bigotudo de la mesa 2. No es más extraño que usted, que deja transcurrir sus tardes observando lo que sucede en este bar, ignorando el pequeño libro que trae siempre consigo y que ni siquiera sabe de qué trata. Y, a pesar de que ya ha establecido que no hay extrañeza que predomine, usted focalizará la atención en aquel bigotudo.

Usted sabe que él no se irá del bar sino hasta las 19:30, minutos después de que lo haga Matilde. De modo que usted decidirá que la mejor manera de atravesar las siguientes dos horas, será estudiando en detalle a este sujeto.

Y confirmará lo que viene observando hace ya unos días. Que el bigotudo se demora unos diez minutos por página. Que lee el diario de principio a fin: primero la tapa, después la contratapa; y que, una vez leídos los chistes, vuelve a la página 1, que lo lee de arriba abajo, sin desatender ninguna nota, ninguna reseña, ningún comentario. El bigotudo lee apuntando con el dedo: arrastra su índice desde el primer renglón, aquel que señala el precio del diario, hasta la marca en negrita que anuncia el número de la página. Usted razonará: “El bigotudo este no lee. Más bien analiza el diario, lo descuartiza”.

Y a usted se le ocurrirá que el bigotudo de la mesa 2 padece la lectura de las noticias tanto como Matilde padece la escritura de su novela.

En el momento en el que usted meditará acerca de esto, advertirá que el bigotudo levanta la vista: un movimiento fugaz, apenas perceptible. Pero usted, que no estará haciendo más que examinarlo, lo captará enseguida: es a Matilde a quien esos ojos han apuntado. Usted será el único en notar aquello: el bigotudo, aunque finja interesarse en los sucesos del día, en realidad está acá por otra cosa.

CAPÍTULO III

Valentín le llevará el capuchino al bigotudo de la mesa 2. Y, antes de volver a su posición junto a la barra, notará que ha llegado la chica que escribe junto a la ventana de la calle Charcas. Se estirará el chaleco y se acercará a ella:

—Buenas tardes.

—Hola —responderá ella—. Un café con leche con dos medialunas de manteca, por favor.

—¿Eso solo?

—Sí, por ahora eso.

—¿No querés una medialuna más? —habrá dicho Valentín antes de que Matilde termine de hablar.

—No, con dos está bien.

—La promo viene con tres medialunas...

—Con dos estoy bien hoy, gracias. —Matilde bajará la mirada.

—Enseguida —dirá él, y se quedará parado unos segundos frente a Matilde. Murmurará algo que usted no oirá.

Ella no lo notará, o fingirá no hacerlo; y él volverá tras sus pasos, en silencio y mirando a las demás mesas. En ese momento, Valentín y usted cruzarán sus miradas. Y usted, que sólo entonces ha abandonado la vigilancia de la mesa 2, empezará a dudar. Tal vez Valentín no gusta de Matilde. Tal vez usted estaba equivocado: no son ni miradas de amor, ni de pasión. Tampoco ternura es lo que irradian sus ojos al verla. Es posible que haya otra cosa. Una, acaso, igual de poderosa y secreta, igual de profunda, que lo lleva a comportarse como un idiota enamorado. Pero, ¿qué cosa? ¿Temor? ¿Repulsión? ¿Rencor?

Valentín seguirá hasta la barra y le pasará el pedido al encargado. Y volverá a mirar a la chica de la ventana, que ahora bufa, que garabatea sobre el margen de una hoja.

Matilde será asesinada esta semana y, acaso, Valentín aún no lo sabe. Aunque —usted ya habrá empezado a figurarlo— es posible que Valentín sí lo sepa. Que lo haya planeado durante todo este tiempo en que ella ha venido al bar.

Usted será uno de los sospechosos —ya se lo he dicho—. Por eso es que analizará con excesiva atención la actividad de los otros dos involucrados. Ya no por el tedio de una tarde que se repite igual a la anterior, sino porque más le vale zafar de todo este embrollo. La vigilancia, entonces, deberá ser por partida doble: vigilará al bigotudo de la mesa 2 y a Valentín en igual medida.

Matilde dará vuelta la hoja de su cuaderno y leerá en voz baja. Usted no alcanzará a escucharla. A escuchar lo que ella escribe. No importa. Esto es un libro, y usted no necesitará escuchar nada. Le bastará con dar vuelta la página. Y tendrá acceso libre al escrito de Matilde. No porque sea relevante, sino para que después no me venga con que no le fue suministrada toda la información.

Así que no me lo agradezca, lo que viene no es gran cosa. Incluso podría salteárselo, seguir este asunto allá por el capítulo IV. Porque nada tiene que ver lo siguiente con la muerte de Matilde. Lo que viene es un texto suelto. Uno que ella ha escrito y que permanece absolutamente ajeno a la historia de su futuro asesinato. ¿Por qué incluirlo entonces? ¿Por capricho? Sí. Exactamente. Pero no es un capricho del autor. El capricho le pertenece a usted, lector. A su curiosidad. Usted, que no puede avanzar sin saber qué es lo que Matilde acaba de escribir. Usted, que, como no alcanza a escuchar la voz tenue de Matilde, no podrá hacer otra cosa más que leer el texto en cuestión.

De modo que así avanzará esto: de capricho en capricho.

I escrito de Matilde

Nunca creí que sumaría tantas mentiras a mi lista. Pero la de hoy fue grande. Enorme fue.

Llevo la cuenta en mi agenda de Hello Kitty, y me quedan pocas hojas para completarla. En una semana cortita, ya tengo ciento dos. Ciento dos, que deben ser los años que tiene don Sosa, nuestro vecino viejo. Su casa, también vieja y con los techos volados, se apoya bien torcida contra la nuestra.

Aunque, desde hace un tiempo, don Sosa ya parece uno más de nosotros. Se pasa el día entero de nuestro lado: en nuestra galería, en nuestro jardín, hablándole a nuestras flores. Y eso que su parque es igual de grande. Será que viene porque no tiene ya con quién conversar: sus jazmines se secaron hace mucho. Porque ni bomba de agua tiene ya. Solo el aljibe, tan viejo y estropeado como él.

Mamá dice que don Sosa ya es de la familia, que está viejito y solo, y que hay que hacerle compañía. Y por eso yo me aguanto, como una señorita, que me estruje los cachetes y que me diga mil veces lo inteligente y lo linda que soy, con su sonrisa blanda, arrugada y sin dientes.

Papá reniega y dice que don Sosa es más bien una mascota enferma. Y tiene razón.

Papá cumplía cuarenta, y lo de anotar las mentiras se me ocurrió esa tarde, después del almuerzo. Toda la familia se divertía con las payasadas de mi hermanito: Agustín esto, Agustín lo otro, mirá como se ríe Agustín. Parecía que el cumpleaños que festejábamos era el suyo. Hasta el viejo Sosa se metía a hacerle muecas y todo eso.

Ya harta de tanto mimito estúpido mentí estar llena, dije «Buen provecho» y me escapé enseguida. Me fui corriendo a mi cuarto.

En el camino se me dio por pensar qué era lo que tanto los divertía de Agustín. Si ni decir la erre sabe, y anda llorando y mojado de pis todo el día. A mí no me da ninguna gracia. Bronca me da: por una cosa o por la otra, siempre termina haciendo que me reten a mí.

Volví de mi cuarto con la caja de crayones y unas cuantas hojas de esas que papá ya no usa y que me las regala para que yo dibuje. Los grandes seguían comiendo.

Me alejé todo lo que pude: me senté en la hamaca que cuelga del sauce — porque da mucha sombra y queda bien lejos de la casa— y me puse a dibujar.

Tenía hambre y me hacía ruido la panza, pero no dejaba de pensar en la mentira que acababa de decir. Entonces se me dio por anotarla. Así fue que se me ocurrió. Ya tenía mi primera mentira. Y no volví a dibujar.

Desde ese día, no paré. No me salteé ninguna mentira. Ni las que me daban un poco de vergüenza me salteé. Y me pone orgullosa, porque al fin entiendo eso que dice Papá, de ser constante. De empezar algo y no dejarlo a la mitad. Y no digo que no me divierta, pero muchas veces me pregunto por qué me enredo tanto, pudiendo decir No en lugar de Sí, y chau agenda, y me dedico a mis otras cosas. Pero ya voy ciento dos, según lo que conté esta mañana. ¡Casi quince mentiras por día! Y las leo a cada rato para entender cómo es posible mentir tanto en tan poco tiempo.

Entonces descubro que la mayoría son porque sí, porque no se puede no decir las: cuando le miento a mamá que los quiero igual a los dos, o cuando me invento un dolor muy fuerte de panza para no ir al cole, justo justo el día que toman prueba de matemáticas.

O cuando Daniela y Marisol me obligan a mentir cada vez que me preguntan en secreto quién es mi mejor amiga. Las imagino contándoselo a las otras, contentas por creerse la mejor, y un poco me río. No las culpo. Ni a ellas ni a mamá, porque esas son mentiras chicas, y de esas mentiras no tengo muchas.

Pero con las otras —como la mentira grande de hoy— me parece que me estoy estralimitando, como dice mamá.

Esa tarde, cuando ya llevaba anotadas como cinco, y la panza ya no me chillaba, dejé a un lado la lista y me quedé un rato jugando sola. Me entretuve tirando unos bichos bolitas en un hormiguero enorme de hormigas rojas que crece contra el sauce. Y pobrecitas las hormigas: iban desesperadas tras los intrusos, los investigaban con las antenitas... pero no les hacían nada de nada. Me dieron mucha pena las hormigas. Porque ellas estaban ahí desde antes.

Entonces se me ocurrió una idea más divertida: arranqué un pedazo de corteza del sauce a medio caer, y me la llevé para el aljibe de don Sosa. ¡La corteza tenía tantos bichos que no me alcanzaban las manos! ¡Estaba estralimitada de bichos!

Al principio los tiraba de a uno, pero son tan chiquitos que ni ruido hacen. Al rato me aburrí y agarré todos los que pudieron entrarme en las manos y los tiré también. Y me volví a acordar de las hormigas: ya estarían tranquilas otra vez.

Más tarde, ese mismo día, Agustín andaba remolesto. Dale que dale con golpear la puerta de mi cuarto, y cuando le abrí —porque ya no lo aguantaba más— me desparramó todas las muñecas y los perfumes de Barbie. Hasta el de Mujercitas me desparramó. Y yo se los quitaba, y él otra vez a los gritos y dame dame dame.

Para cuando vino mamá, Agustín se había escondido adentro del ropero. Se había hecho una bolita. Enroscado en una frazada, gritaba y zapateaba contra la pared. Otra vez la ligué yo. Y no dije ni A.

Unos días más tarde se me ocurrió que me convenía anotarlas todas con la Parker de papá, esa que esconde en el cajón de su escritorio. El azul me mejora la letra y me combina perfecto con los renglones rosas de mi agenda. «Jamás la he visto, papá», le digo cada vez que interroga con su pose de juez, esa que no puede evitar ni cuando duerme.

Él me dice que no la use, que guarda esa pluma para cuando me reciba de abogada. Pero yo no sé si quiero ser abogada. Me parece bastante aburrido. Y mamá tiene razón: los abogados son «puro chupamedias». Si los que vienen a casa no hacen otra cosa que hablar bien de papá —delante de él, por supuesto—. Papá dice que eso no le gusta pero también miente, si se le nota que le encanta: cada vez que oye el «Excelentísimo» o «Su señoría», los ojos se le ponen grandes como los de Bob Esponja y le sonrío el bigote con todos esos pelos que tiene.

Yo preferiría ser la acusada. Me divertiría todo el día dando falso testimonio, como lo llama papá. Me mataría de la risa enroscándolos en miles de mentiras que podría decir sin cansarme y sin pestañear ni una sola vez.

¡Cómo me gustaría ser la acusada de algo importante!

Algún día lo seré.

Esas mentiras no las anotaría. Porque aprendí que, si no se dejan pruebas, una puede decir cualquier cosa. ¡Eso sí que sería gracioso! ¿Y quién no le va a creer a la hija de un juez tan importante?

Ciento dos van con la de hoy, pero... ¡no me conviene seguir con esta lista! Alguien podría leerla. Entonces, cuando me pregunten en el juicio, no voy a poder mentir mucho.

Agustín, pobre. Todavía siguen buscándolo.

Por eso me encerré otra vez. Con los nerviosos que están todos...

Y están tan nerviosos que ni lo imaginan, pero Agustín no va a aparecer así como así. Si ni caminar sabe, mucho menos nadar. Igual, conociéndolo a papá, no va a parar hasta encontrarlo. Y, cuando lo haga, yo volveré a ocupar el lugar que siempre ocupé y del que no debieron correrme.

Papá no va a dudar en llevarlo preso a don Sosa, por muy viejo y solo que esté. Puse algunos juguetes de Agustín en una de sus ventanas y tiré el peluche de Barney a su sótano. ¿A quién se le va a ocurrir culpar a otro? Y todo va a ser como antes. Como antes de que él y que Agustín llegaran.

A mí, en cambio, Papá me va a querer siempre. Ya no va a dejarme ni un minuto sola, lo voy a tener todo el día para mí. Y si siguen preguntándome por

Agustín, voy y les digo que no lo vi más. Les digo que yo también estoy preocupada y que lo extraño un montón. Y serán ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco...

CAPÍTULO IV

Usted verá que Matilde toma aire, lo retiene y lo larga despacio. Ella juntará algunas hojas sueltas y las guardará adentro del cuaderno. Y se quedará un buen rato contemplando la calle, acaso al negro que vende baratijas en la esquina de enfrente.

Usted habrá de cargar con bastantes lecturas como para comprender que lo que Matilde acaba de escribir es pura ficción. Usted sabe que ella ha elegido narrarlo en primera persona y que eso no quiere decir que toda aquello sea cierto: Matilde ha creado un personaje, una nena, que no tiene por qué expresar lo que de veras siente esta Matilde, la que ahora mantiene la mirada en algún punto fijo más allá de la ventana de la calle Charcas.

Eso usted lo entiende: si usted escribiera, de seguro crearía un personaje opuesto a usted mismo, uno muy distinto. Quizás elegiría a un pibe, a un pícaro pibe del conurbano. Quizás a una vieja que pasa sus días tejiendo para alimentar a sus nietos, un detective idealista de Los Ángeles tal vez. Si escribiera una novela, no querría que sus pensamientos y reflexiones, sus más vergonzosos secretos y sus temores más íntimos, se revelaran a la primera. No. Mejor que hablen otros y no usted. Esa sería una buena manera de sorprenderse uno mismo también.

Sin dudas, haría como Matilde: escogería un narrador cuya voz no se pareciera a la suya. Buscaría la manera de que no lo reconozcan a usted en sus personajes. Incluso hasta usaría la tercera persona, como para distanciarse un poco más. O, ¿por qué no, la segunda persona?

Se quedará pensando en eso: ¿Usted había leído alguna vez una historia narrada en segunda persona? No lo recordará. En seguida su atención volverá a caer en Matilde.

Ella levantará el brazo y lo sostendrá en el aire hasta que Valentín se dé por aludido. Y para eso, pasarán unos largos segundos. Y usted advertirá que Matilde tiene un tatuaje en su brazo, tatuaje que durante estas semanas ha permanecido oculto y que hoy, con ese brazo arriba que se demora suspendido en el aire, se asoma desde la manga como si necesitara emerger a

la superficie para respirar. O para cerciorarse de que su ama, la dueña de aquel brazo levantado, no corre ningún peligro.

Ese tatuaje, al parecer una serpiente o algún reptil escurridizo, tampoco sabe que en unos días —tal vez hoy mismo— su ama morirá. Y que ya no podrá emerger desde la manga de ninguna prenda. Ni desde ningún otro lado.

Pero a usted lo que le llamará la atención no será ese tatuaje, sino lo que se esconde por debajo. Porque usted notará, en aquel brazo que baja lentamente, que el tatuaje ha sido pintado para tapar una cicatriz. Y desde su ubicación, sentirá pena por Matilde. Porque la serpiente o lo que fuera que lleva tatuado, no ha conseguido disimular las marcas de una herida que a usted se le antojará producto de un suceso atroz y no de un mero accidente.

Y en un chasquido y gracias a su imaginación, Matilde se convertirá en una mujer que ha debido soportar el dolor de un mundo hostil y aterrador. Mil imágenes, mil posibilidades, representará en su cabeza. Y en todas, ella será la víctima de abusos y de atropellos y de múltiples vejaciones. Entonces, con esa costumbre suya de pasar las tardes fabulando, olvidará a la Matilde que hace un instante decía, con total desfachatez, haberse librado de su hermanito.

Valentín se acercará a la mesa. Y, recién en ese momento, usted notará que el bigotudo de la mesa 2 ha desaparecido.

CAPÍTULO V

El bigotudo ya se habrá ido. Matilde habrá pagado, habrá juntado sus cosas y habrá salido del bar sin dedicarle a usted siquiera una mirada casual.

En la mesa 2, no quedará ni el diario. Valentín vaciará la mesa de Matilde, después la del bigotudo y se meterá por el pasillo que da a los baños y a la puerta del depósito, aquella que tiene el cartel de “SOLO EMPLEADOS” y que siempre está abierta y que deja ver una torre de casilleros y la mugre de botellas vacías y de cajones de cerveza.

Usted guardará su pequeño libro en el bolsillo de su campera, dejará por las dudas un billete debajo de su taza, le hará un gesto al encargado y seguirá los pasos de Valentín con la idea de averiguar un poco más acerca de él. Falto de una idea que justifique su intrusión en el depósito, se decidirá por la puerta del baño (del baño de hombres, por supuesto: usted ha usurpado el cuerpo de un hombre). Entrará y meditará sus siguientes movimientos. Y frente al espejo del lavatorio, pensará: ¿Será mejor salir corriendo y ver adónde ha ido Matilde? ¿O lo mejor será perseguir al bigotudo misterioso de la mesa 2?

Y como usted es un hombre signado por la buena suerte —con esa absurda creencia andaba usted por la vida hasta hoy—, oirá la voz de Valentín filtrarse por un ventiluz abierto. Entonces entrará en esa segunda puerta y se encerrará en ese cuartito de dos por dos. Se parará sobre un endeble inodoro y acercará la oreja al ventiluz. Lo oirá a Valentín hablando con alguien más. Oirá lo siguiente:

—Dejaste pasar otra oportunidad —dirá una voz grave y rasposa, como de fumador.

—Yo no lo veo así, Federico. ¿Federico era tu nombre, no?

—Sí. Federico Axot. Así me llamo.

—Bueno, Federico Axot, yo no lo veo así, ¿está? Y ya te dije que no quiero escucharte más. Dejame, querés. Tengo que volver.

—Oíme, Valentín: no nos queda otra que trabajar en equipo.

—¿No nos queda otra? ¿Equipo? Vos estás muy equivocado: la otra precisamente es que cierres el pico y me dejés a mí manejar la situación.

—Vos no entendés: yo no estoy acá porque quiero. No me queda otra, así como a vos no te queda otra que seguir escuchándome.

—Callate, Federico. Callate y dejá que yo me haga cargo.

—¿Que te deje? ¿Que me calle? Si acabás de perder otra oportunidad...

—Yo no lo veo así.

—Valentín: vos no podrías ver un colectivo que viene de frente en una ruta desierta.

—Te equivocás. Yo voy a saber cuándo hablarle, ¿está?

—¿Y si esperás tanto que llegás tarde? Acordate que sabemos qué, pero no sabemos exactamente cuándo.

—...

—O le hablás vos, Valentín, o le hablo yo: hay que advertirla. De la próxima no pasa.

Alguien golpeará la puerta, y usted dirá “Ocupado”. Y con esa interrupción, las voces que se filtraban por el ventiluz callarán, o seguirán la discusión en algún otro sitio. Y, aunque usted se quedará unos segundos fingiendo hacer lo suyo, no volverá a oír ni a Valentín ni a la áspera voz de ese tal Federico.

Y saldrá dando un portazo. Y le clavará una mirada de desaprobación al tipo que acaba de golpear. Y ya sin otra cosa que hacer, abandonará el bar hasta el día siguiente.

CAPÍTULO VI

Volverá al bar la tarde siguiente. Pero no entrará. No todavía: esperará escondido en el porche de un edificio. Y, al ver que el bigotudo viene por Armenia, cruza y se acerca al bar, usted se apurará y fingirá no verlo. Cuando el bigotudo estire el brazo para abrir la puerta, usted —sin saber muy bien por qué lo hace— se lo llevará puesto, haciendo que él deje caer el suplemento económico y una agenda de cuero tan pesada que, al chocar contra los baldosones grises, sonará como un aplauso de manos enormes.

Mientras lo ayuda a levantar sus cosas del piso, se disculpará unas diez veces. El bigotudo dirá “Está bien, pibe, ya está”. Lo dirá con una tonada adormecida, pronunciando separadamente cada palabra. A usted le parecerá como nortea. Acaso el bigotudo de la mesa 2 será del Chaco o de Santiago.

Usted insistirá en invitarle un café. El bigotudo intentará distintas maneras de eludirlo. Primero se pondrá serio y resoplará. Después forzará una repulsiva sonrisa en la que el labio inferior se le asomará, brillante, blando, por entre los bigotes. Y el bigotudo, al darse cuenta de que ya ha llegado a su mesa y todavía lo tiene a usted dale que dale con las disculpas, optará por deshacerse de usted:

—Ya le dije que no, hombre —. La voz brotará con la armonía de una quena o de algún otro instrumento de viento. Y deberá golpear el diario contra la mesa para que usted entienda que va en serio.

De manera que usted creará que ya está bien, que mejor no seguir tirando de una cuerda que, más temprano que tarde, se terminará cortando: por muy aletargadas y melódicas que sean las palabras que el bigotudo articula como sujetas a una música serena y confortante, usted no querrá abusar. Se disculpará una vez más, le dará la mano y le deseará que disfrute del capuchino.

Y, apenas usted se dé vuelta y empiece a caminar en dirección a la mesa que da al pasillo, se dará cuenta de que la ha cagado bien cagada. *¡Capuchino... capuchino!*

No habrá dicho café: “Que disfrute su café”. No: habrá sido muy preciso: “Que disfrute su capuchino” *¡Qué boludo!*

—Capuchino... —murmurará para sí, negando con leves movimientos de cabeza, para que el bigotudo no lo note.

Y antes de llegar a la mesa del pasillo, antes de conseguir la seguridad de una silla alejada de la mesa 2, el bigotudo dirá “Señor”. Y usted fingirá no oírlo. Pero eso no importará, porque el bigotudo caminará hacia usted, le tocará el hombro y, sin que usted logre elaborar una maniobra evasiva, él lo invitará a sentarse a su mesa.

Que ha sido un irrespetuoso. Y un desagradecido, dirá. Y agregará que con todo gusto tomará en compañía suyo un capuchino —esto último lo pronunciará todavía con mayor lentitud, silabeándolo: ca-pu-chi-no—. Que suele pasar sus tardes leyendo; pero que, quizá, pasar unos minutos con usted, aunque sea un absoluto desconocido, podría ser agradable. Lo arreará de regreso a la mesa 2.

—Siéntese —dirá, aplastando la mano en su hombro.

—Cómo no, será un placer.

—Ya lo veremos—. El bigotudo le hará un gesto con la cabeza a Valentín. Pedirán lo de siempre: un capuchino y un café.

Matilde no aparecerá sino hasta dentro de unos veinte minutos. Eternos veinte minutos.

—¿Cómo se llama?

Usted responderá una mentira:

—Horacio —dirá—, Horacio Contempomi.

Dirá eso si es que usted, insistente lector, no se llama precisamente Horacio Contempomi. En el improbable caso de que así sea, usted dirá algo así como Camilo Canegato, Damián Villegas, Carlos Argentino Daneri o Remo Augusto Erdosain. Cualquier nombre dirá, excepto el verdadero.

Usted no le preguntará el nombre al bigotudo: si lo hiciera, seguramente él también mentiría. Además, poco le importará saberlo. Lo importante será otra cosa: descubrir quién es el asesino, evitar que maten a Matilde.

Harán silencio unos segundos.

—¿Me va a decir por qué me vigila?

Así de directo será el bigotudo. Perezoso al momento de pronunciar cada palabra, pero directo y sin vueltas.

Antes de abrir la boca y esgrimir alguna excusa poco creíble, el bigotudo va a insistir:

—Sé que me vigila. Así que no se gaste en intentar engañarme.

A diferencia del bigote, desparejo y amarillento en las puntas, el cabello del bigotudo se destacará de tan negro y brillante, de tan apelmazado y aplastado al cuero cabelludo. Usted pensará que el bigotudo tiene unos cincuenta años. Y pensará también que si él decidiera afeitarse el bigote, aparentaría unos diez años menos. Tal vez quince. Aunque, al intentar imaginarlo sin bigote, también creará que, si se lo afeitara, el bigotudo tendría también cara de estúpido.

—Eu...

—Perdón —dirá usted.

—¿Va a hablar o no va a hablar?

—Discúlpeme. —Usted se esforzará en volver a verlo con bigote y sin cara de estúpido. Hará una mueca, que pretenderá ser una sonrisa. Y no pronunciará palabra: estar frente a uno de los posibles asesinos lo hará titubear más de la cuenta.

—¿Por qué me vigila?

—Fue por lo del “Capuchino” que lo supo, ¿no es así? —preguntará usted, no tanto por interés, sino para dilatar la respuesta a la pregunta.

—Eso no hizo más que confirmar algo que venía sospechando. Lo he visto observándome durante horas. Primero pensé que era puto o un perverso. Pero, si usted fuera puto, dudo que se fijara en un tipo como yo. ¿No es así?

—No, no soy...

—Bien. Entonces, ¿por qué carajo me vigila, hombre?

—Lo vigilo porque temo que haga algo de lo que se arrepienta.

Valentín llegará con el pedido:

—Señores, cualquier cosa más que necesiten, me avisan.

Con el rabillo del ojo, usted lo verá alejarse otra vez por el pasillo que da al depósito y al baño.

—¿Qué dice, hombre? —dirá el bigotudo, y lentamente y sin dejar de mirarlo a los ojos, vaciará dos sobres de azúcar en el capuchino—. Usted no me conoce.

—Yo no conozco a nadie acá —responderá usted—. Pero sé de muy buena fuente que esta semana alguien hará algo muy malo.

—Y usted cree que ese alguien soy yo.

—En un momento lo creí. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que es una posibilidad. Y yo debo observarlas todas.

—Usted cree que podrá evitar eso que sucederá.

—¡No, señor! —dirá usted, mientras revuelve su taza—. Con no quedar pegado estoy hecho.

—Yo también, como usted, sé *cosas*. Usted cree que seré yo quien mate a la mujer que lee junto a la ventana de la calle Charcas, ¿no es así?

CAPÍTULO VII

—Entonces, lo sabe —dirá usted, y mirará a uno y otro lado buscando la forma de huir del peligroso bigotudo de la mesa 2.

—Sí, lo sé. Y veo que no soy el único. Pero que usted lo sepa, señor Contempomi, lo convierte en mi principal sospechoso.

—¿Su princi... principal sospechoso? ¿Yo?

—Sí, no se haga —el bigotudo hará a un lado su capuchino y le apuntará con el dedo—. Y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para evitar que asesine a esa mujer.

Usted lo mirará fijo. Y le parecerá que el tipo habla en serio. Pero... si habla en serio, entonces ya no quedarán dudas: el asesino de Matilde será Valentín. Claro: “Los personajes de esta historia serán cuatro”. Matilde, por supuesto, será la primera a quien usted habrá descartado. El segundo en excluir, al parecer —y sólo al parecer— será el bigotudo, que ahora se rasca la mejilla. Pero, ¿estará bien descartarlo así como así? Y, en definitiva, ¿cómo sabe él que Matilde va a ser asesinada esta semana?

—Ahora —usted apoyará los codos en la mesa—. Dígame una cosa: ¿usted cómo sabe lo de Matilde?

—¿Matilde?

—Sí, a la que van a matar.

—Así que se llama Matilde. Mire usted, no lo sabía. Y que usted sí lo sepa, me hace pensar que la conoce. Y que puede tener motivos para quererla muerta.

—No la conozco —dirá usted, y tomará de un trago el vaso de soda que vino con el café—. Le oí decir su nombre cuando hablaba por teléfono. ¿Usted no lo oyó?

—No. Y a decir verdad, no le creo.

—Usted debería haberlo oído: Matilde habla con un tono de voz bastante alto. Si no quiere creerme, no lo haga: me importa tres pitos.

—No la oí. Me lo perdí: hace poco que empecé a venir acá. Pero si usted asegura que fue así, deberé creerle.

—¿Que viene acá desde hace poco? ¿Usted me está cargando?

—No se altere—. El bigotudo hará a un lado la agenda y el diario. Él también apoyará los codos en la mesa. Hablará en voz baja—. Las preguntas las hago yo.

Usted no se dejará prepotear. Creerá que, de no llevar ahora las riendas de la conversación, no volverá a hacerlo.

—De ninguna manera. Lo que vamos a hacer es esto: yo pregunto, y usted responde. O me levanto y me voy. Y a la mierda usted y la mina en cuestión. Que, a fin de cuentas, a mí qué mierda me importan.

El bigotudo aplastará su espalda contra la silla. Resoplará. Y sonreirá. Y los bigotes dejarán entrever una fila de dientes amarillos como antiguas fichas de dominó. Se cruzará de brazos.

—Está bien, señor Contempomi. Escupa nomás. Pero después pregunto yo. Y le advierto una cosa: si vuelve a hablarme así, alguien se va a morir y no será la tal Matilde. ¿Estamos?

Usted no creerá en esa amenaza. De a poco lo va calando al bigotudo este: no es ningún matón. Es más bien calculador, racional. Pero no matón. Incluso, es posible que tenga tanto o más miedo que usted.

—¿Cómo sabe lo de Matilde? —preguntará usted. Y enseguida sumará otra pregunta, para que, una vez contestada la primera, el bigotudo no venga con que es su turno—. ¿Y cómo es eso que no viene mucho por acá?

—Es fácil. Las dos preguntas, en realidad, son una sola, son la misma.

Usted no lo entenderá del todo, pero asentirá con la cabeza. Esperará en silencio a que responda.

—Yo sé que la mujer que escribe junto a la ventana de la calle Charcas va a morir esta semana. Eso lo sé yo. Eso es verdad. Como es verdad que esta es apenas la tercera vez que vengo a este bar. Antes ni lo conocía.

—No me está contestando.

—Usted no me está entendiendo, que no es lo mismo. Yo llegué acá por pura curiosidad. Y ahora, lo único que quiero es salirme.

—Salirse...

—Salirme, hombre. Es que yo no soy yo. No soy el bigotudo de la mesa 2, que pasa sus tardes bebiendo capuchino y leyendo el diario. ¿Qué carajo me importan a mí las noticias del diario? Nada me importan, hombre. Son todas siempre las mismas noticias, una tras otra se repiten, semana tras semana, año tras año; y los imbéciles como yo nos sentamos a devorarlas, a hacer de ellas nuestra realidad. Pero, dígame, hombre, ¿qué ve la gente de interesante en los diarios?

—No sabría decírselo. Dígamelo usted.

—¿Yo? Ya le digo que los diarios, “Las fundamentales noticias” me importan tres carajos.

—Entonces qué hace siempre con el diario debajo del brazo. Qué hace siempre con la jeta pegada al diario.

—Le digo que ese no soy yo: ese es el bigotudo que ahora está sentado frente a usted. Quien le habla, que no es este bigotudo, llegó acá de puro curioso. Curiosidad, vio: leí el primer capítulo de esta novela y me enganché. Desoí las advertencias. Y no pude más que voltear la hoja. Y acá estoy. Me tocó ubicarme en el bigotudo de la mesa 2.

Habría que inventar un nuevo género policial, la ficción paranoica. Todos son sospechosos, todos se sienten perseguidos.

Blanco nocturno

Ricardo Piglia

MATILDE NO DEBE MORIR

CAPÍTULO VIII

Matilde entrará y, al ver que la mesa de la calle Charcas está sucia de migas y de tazas y platos vacíos, se sentará en la silla que hasta ayer ocupaba usted. Esta tarde llevará puesta una blusa lila y un jean gastado. Y a usted se le antojará algo distinta. Tal vez el peinado, hoy suelto y tapándole levemente la cara.

—Ya llegó —dirá usted.

—Tal vez hoy sea el día. El último día, digo.

Usted intentará retomar el asunto de esta doble suplantación:

—Si usted no es el mismo que lee el diario todas las tardes en este bar, entonces quién es.

—¿Yo? Nadie. Alguien que lee, es verdad. Pero no el puto diario. Soy alguien que lee novelas: ciencia ficción, terror. Pero, por sobre todo, novelas policiales. Soy alguien a quien no han de querer mucho: esta novela me la regalaron para mi cumpleaños, que fue hace una semana.

—Lindo regalo le hicieron.

—Ya lo ve. Y si le suma que soy de esos que ven un cartel de “No tocar” y lo primero que hace es apoyarse, entenderá por qué estoy acá. Me dicen que es peligroso avanzar, que lo más seguro es detenerse, y yo pongo primera y piso a fondo el acelerador. Un idiota.

—“Tenga cuidado, usted no será testigo y nada más”.

—Exacto. Esa fue la trampa. La carnada con la que me hicieron picar. ¡Qué pescado!

Valentín acudirá a la mesa en la que Matilde aún no termina de acomodarse y murmurará algo que ustedes no podrán oír. Señalará a la mesa de la calle Charcas. Enseguida irá hasta esa mesa sucia, la vaciará, cambiará el mantel y le hará un gesto a Matilde. Ella meterá el cuaderno y la birome y unos lentes de sol marrones en su cartera, se levantará y se sentará en su silla de siempre.

—Estamos en el mismo tren, entonces —le dirá usted al bigotudo, que tendrá la mirada puesta en cualquier lugar menos en Matilde. Y usted aprovechará para contarle su historia, que será bastante parecida a la de él, excepto porque esta novela la habrá elegido usted solito, en una mesa de saldos, y no habrá sido el regalo de nadie.

—Ojo —dirá él—. Esto no cambia nada. Todavía usted puede ser el asesino de Matilde. Así como puedo serlo yo. Que seamos lectores y que nos veamos involucrados en esta insólita usurpación, no quiere decir que no seamos asesinos. Yo a usted no lo conozco. Quizás, en su tiempo libre, se dedica a matar gente.

—En mi tiempo libre leo novelas.

El bigotudo lanzará una risotada seguida de una tos. Usted aprovechará que el otro intenta recuperar el aire:

—Pero entiendo lo que dice. Usted sigue siendo sospechoso para mí.

Y llegará a una conclusión: aunque pasen la tarde conversando, no habrá forma de que confíe del todo en él. Se lo hará saber:

—Sepa que estaré observándolo.

Valentín volverá a pasar, esta vez con la bandeja, y servirá el café con leche con dos medialunas en la mesa de Matilde.

—Para mí es este pibe —murmurará el bigotudo.

Valentín otra vez se demorará en irse de la mesa de la ventana que da a la calle Charcas, otra vez con la mirada perdida en algún lugar distante. Se morderá el labio y se le achinarán los ojos y le brillarán, seguramente porque se estará mordiendo con mucha fuerza.

—Él fue el segundo de mis posibles asesinos —dirá usted, guiñándole un ojo al bigotudo.

—Hay que vigilarlo.

Valentín dejará la bandeja vacía sobre la barra y se alejará por el pasillo.

—Hay que seguirlo —dirá el bigotudo.

—Yo ya lo hice. Desde el baño se oye todo lo que pasa en el depósito. Ayer, el pibe hablaba con alguien más, un tal Federico Axat o Axot... o algo así. Discutían, aparentemente, acerca de hablar con Matilde. Antes me parecía que Valentín estaba enamorado de ella. Ahora tengo mis dudas.

—Muy bien, vamos.

—¿Vamos?

—Sí: hay que seguirlo y ver qué hace.

—¿Los dos juntos al baño? ¿Le parece?

—No quiero dejarlo solo con Matilde. Ya le dije: no confío en usted ni en nadie.

—Yo tampoco confío en usted. Pero, de momento, lo mejor será que dividamos las fuerzas. Además, según parece, el último día de Matilde, ella sonreirá, se la verá contenta. ¿No lo recuerda? Y yo no la veo demasiado alegre que digamos.

Matilde, con una mano haciendo girar el arito de su oreja derecha y con la otra garabateando círculos sobre el papel, resoplará y mirará su cuaderno, buscando alguna cosa —acaso una palabra, acaso una idea— que, por su semblante, parecerá inaccesible, lejana. Muy lejos estará de sonreír: más bien todo lo contrario.

—...es cierto... tiene razón. Usted gana. Pero sólo porque tengo que desagotar de verdad.

—Desde el inodoro —dirá usted, sin notar que ha elevado la voz—. Desde ahí, se escucha mejor.

A usted le parecerá que Matilde lo observa. Pero se dará vuelta, y ella ya no estará mirando en dirección a usted, sino a su cuaderno anillado.

El cuaderno de Matilde le hará notar que el bigotudo ha olvidado su agenda. Y meditará si vale la pena, a estas alturas, abrirla: usted ahora ya sabe que el bigotudo, en realidad, no es el bigotudo. Así como usted no es usted. Así como este bar no es un bar, sino una novela. Se estirará y, en lugar de esa estúpida agenda, agarrará el diario. Leerá la tapa del suplemento de

espectáculos hasta que la voz de Matilde, lejana pero indudable, empieza con un “Lo descubrí a los 7 años”.

II escrito de Matilde

Lo descubrí a los 7 años. Que Papá Noel no existe.

Tal vez ya lo sospechaba, pero aquella noche terminé por confirmarlo. Esa navidad, cuando ya todos habían brindado y yo ya me había paseado frente a mis abuelos y a los tíos de Moreno con la bici nueva y con los demás juguetes, la verdad se reveló frente a mis ojos: Papá Noel no era otro más que el tío Carlos. Había sido él quién había aparecido desde detrás del sauce con una bolsa roja y meta risa y jo-jo-jo. Había sido él quién había desparramado los regalos alrededor del arbolito. Había sido él, siempre.

Ahora lo sabía, comenzaba a saberlo.

Ya todos cabeceaban en sus sillas, hartos de cerveza y de sidra y de clericó. En la penumbra del comedor, papá había extendido el sofá-cama y se había desmayado sin avisarle a nadie. Y yo —desdichado debut—, era la primera vez que no tenía ni un poco de sueño: esa fue la primera navidad que me quedé despierta hasta tan tarde.

No me podía bajar de la bici, iba y venía por el pasillo. Esa era la mejor navidad de todas. Las dudas que había tenido hasta esa noche acerca de la existencia de Papá Noel, se desvanecieron cuando el regalo que tanto había deseado, el regalo que había pedido en la carta a Papá Noel, me esperaba envuelto con papel color marrón —y casi tan alto como el arbolito— a un costado del pesebre.

Y ahí estaba yo. Adherida a mi bici nueva, tan rosa y con unos hermosos flecos que colgaban de los puños, yendo y viniendo. Pedaleaba hasta el pasto y cuando se me trababan las rueditas, daba vuelta la bici y volvía hasta chocar contra el alambrado del frente. Así estuve un largo rato, fascinada por el tikitiki de los rayos, por el brillo del manubrio.

El reloj de la cocina marcaba las 3:15 cuando por fin me bajé y fui a buscar a mi mamá, y ella ya no estaba. Ya no me acuerdo para qué la estaba buscando, capaz que para mostrarle alguna maniobra nueva. No me acuerdo. El asunto es que seguí hasta su pieza: el abuelo Roberto roncaba, la abuela Gladys también. Fui al comedor y encendí la luz: tal vez mamá se había acostado en el sofá-cama, al lado de papá.

No estaba. Solo papá estaba.

Le tuve que preguntar varias veces para que me contestase. Sin moverse, papá dijo algo que no entendí. Tenía el pelo pegado a la frente por la transpiración, los bigotes le brillaban y se le notaba en los párpados que se esforzaba en abrir los ojos y no podía. Volví a preguntar por mamá una vez más, hasta que pude escuchar su respuesta:

—Dejalos tranquilos, querés —dijo, levantando un poco la cabeza del colchón—. Que ya son grandes. Que ellos hagan su vida y yo la mía.

Apagué la luz y lo dejé durmiendo. No recuerdo bien qué fue lo que sentí, o tal vez ni siquiera lo supe: a los siete no me era posible determinar todo lo que sentía. Aunque, ahora me parece que puede haber sido pena lo que sentí. Es muy duro sentir pena por tu papá, y agradezco no haber sido capaz de identificar esa sensación.

Pasé por la mesa: restos de pan dulce, de ensalada de frutas, de nueces y avellanas. La tía Mari pasó por al lado mío y me acarició el pelo y me dio un beso bien ruidoso. Me dijo que se iba a acostar, que no me olvidara que esa noche ella dormiría en mi pieza. Yo ni me acordaba, hizo bien en recordármelo. A mí me tocaba dormir en el sofá-cama. Entre papá y mamá.

Volví a montarme en la bici y pedaleé esperando que mamá apareciera. No podía tardarse tanto. Mientras, yo iba y venía desde donde empezaba el pasto hasta el alambrado del frente de casa. Así hice hasta que me di cuenta que, si pedaleaba con más fuerza, podía también andar sobre el pasto. Ya no necesitaría parar, bajarme, dar vuelta la bici: podía doblar y volver sin bajarme. Eso hice: empujé con toda mi fuerza, aplasté el pedal, y ya estaba andando con las rueditas sobre el pasto del fondo. Así fue como llegué hasta el sauce. Así fue cómo descubrí que Papá Noel no existe.

Detrás del sauce, el tío Carlos parecía forcejear con mamá. Ya no tenía el gorro puesto, pero conservaba el resto del disfraz de Papá Noel.

Él y mamá chistaban y se quejaban y se empujaban. Él le apretaba las piernas a mi mamá; a ella parecía dolerle, aunque no la oí quejarse. No sé si mamá me vio, pero de una cosa sí estoy segura: el tío Carlos se dio vuelta y me miró de una forma que tampoco pude identificar. Le brillaban los ojos.

Esa noche supe lo de Papá Noel.

Y supe, verdad que también me dolió mucho, que las mamás mienten tanto como cualquiera. Que los adultos dan asco, todos. Todos mienten, están todos hechos de mentiras.

Todo eso descubrí aquella navidad. Y con el tiempo tuve una certeza todavía peor: comprendí que mi papá ya lo sabía. Lo sabía y no le importaba.

CAPÍTULO IX

Usted intentará descifrar si este fragmento es anterior o posterior al leído antes. Si la protagonista de la novela ya ha echado por el aljibe a su hermanito. Imaginará que no: la Navidad hubiera sido demasiado triste; y mencionar la ausencia de su hermanito, inevitable. Aunque él —¿cómo se llamaba? ¿Era Agustín?—, tampoco aparece abriendo regalos o haciendo una rabieta. Sencillamente no aparece. ¿Por qué? En estas cosas perderá el tiempo. Pensando nimiedades. Incluso cuando se le informó que lo que Matilde escribe no forma parte de la historia. Que vendrían a ser como breves historias subsidiarias y nada más. Usted no entenderá, con la necedad y la arrogancia del típico lector, que pierde su tiempo. Que la novela le pertenece a Omar Weiler¹. No a esta tal Matilde, escritora de cuarta. Sensiblera y efectista. Que el asunto, lo realmente interesante, está acá. En este bar de Palermo. Y no en el cuaderno de una escritora desconocida. Pero que usted desoiga a su narrador, no es problema mío. Ya somos grandes: usted y yo. Así que lo mejor va a ser que me ignore. Como vino haciendo hasta ahora.

Después de unos minutos de silencio, usted oirá a Matilde hablando por teléfono, y se disiparán las dudas.

Hola. Matilde otra vez. Te llamo para avisarte que tengo listo otro cuento. Con este son ocho. ¿Tenían que ser diez, no? La semana que viene te mando el manuscrito. Llamame cuando puedas. Beso.

De modo que ese mensaje grabado en el contestador de vaya uno a saber quién, no dejará lugar a dudas: Matilde no escribe una novela. Matilde escribe cuentos.

Usted procurará añadir esta nueva noción a las que posee acerca de Matilde y su muerte. Y sobre lo que sabe de Valentín y el bigotudo. Pero no

¹ Omar W. Weiler habría nacido en Nueve de Julio, el 2 de febrero de 1978; y fallecerá la mañana del 8 de julio de 2083, en Tres de Febrero, provincia de Buenos Aires. Dramaturgo, novelista, cuentista, ensayista, historietista, sociópata, guionista, periodista, poeta. Hasta la publicación de *Matilde debe morir*, su obra permanecía inédita. Y usted, lector, al terminar esta novela, va a lamentar que no permaneciera así.

Hasta la actualidad, no se ha conocido una biografía veraz del autor.

podrá asociarlas. A fin de cuentas, ¿qué importancia tiene que Matilde escriba cuentos y no novelas? ¿Qué importa que Matilde sea escritora, o dentista, o maestra de yoga?

Ninguna, pensará usted. Y se equivocará: que ella sea escritora es importante (lo que no querrá decir que también lo sean sus mediocres cuentos).

Valentín volverá, tomará la bandeja y se acercará a su mesa.

—¿Puedo retirar, señor?

—Sí, podés. Gracias.

El bigotudo no aparecerá. Y su ausencia empezará a preocuparle.

—¿Necesita algo más?

—No, está bien —dirá usted, al tiempo que relojea para el lado del pasillo.

Y el bigotudo que no vendrá aún...

—Cualquier cosa, me avisa.

—Sabés qué. Mi amigo —usted dudará si preguntar o no por él—, mi amigo fue al baño y hace rato que no vuelve. ¿Vos venís de ahí?

—No. Nosotros tenemos otro baño. Pero lo vi, lo crucé. Usted dice el bigotudo de la mesa 2, ¿no?

CAPÍTULO X

El bigotudo todavía en el baño.

Y, mientras usted habla con Valentín (o pretende hacerlo), el negro que vende anillos y collares en la esquina de enfrente entrará.

Le hará un gesto al encargado, quien responderá con la cabeza. El negro también irá en dirección al pasillo, al baño seguramente.

—¿Cómo dijo? —lo increpará usted a Valentín, pero él terminará de cargar la bandeja, sonreirá y se irá en silencio.

—¡Cómo dijo! —insistirá, mientras el bigotudo vuelve y se aplasta en la silla; y usted no podrá más que dejar que Valentín se vaya.

—Escúcheme —dirá el bigotudo—. Acabo de oír que este pibe hablaba con alguien, como usted me contó. Otra vez discutían y otra vez el tema era Matilde. Me asomé por el ventiluz del baño y vi que...

—...espérese —interrumpirá usted.

—Ah, y le confieso que no me puedo acostumbrar. En estos días ya fui a mear unas diez veces, pero no hay caso. Y mire que lo siento como propio, eh. Pero no es el mío, vio. Del “amigo” le hablo. Eso de andar tocando pitos ajenos... ¿cómo hacen los putos? ¿Me quiere decir?

—Espérese, hombre.

El bigotudo borraré lentamente su sonrisa.

—Contésteme algo: ¿quién soy yo?

—¿Cómo que quién es usted? ¿De qué habla?

—Quiero que me diga eso: dígame quién soy.

—Yo qué sé quién es usted, hombre. No me asuste, acaso ha enloquecido.

—Dígame quién soy.

—Usted es, dice ser, Horacio Contempomi.

—No me refiero a eso. Quién soy yo para usted. Quién era yo para usted antes de que interactuáramos.

—Un desconocido.

—Sí, sí —dirá usted, impaciente—. Pero si tuviera que nombrarme. ¿Cómo lo haría? ¿Quién soy yo en esta novela?

—Usted es el insulso de la mesa 4. Así lo llamaría.

—El insulso de la mesa 4...

—No lo tome a mal, así es como lo presentan.

—No, no. Eso no me importa. Sólo que estamos jodidos, entonces.

—No lo entiendo, hombre. Explíquese.

—Que estamos jodidos: eso.

—...

—Yo soy el insulso de la mesa 4, ¿no?

—Es correcto. Pero...

—... no importa. Déjeme pensar. Yo soy el insulso de la mesa 4. Matilde es la mujer que escribe junto a la ventana de la calle Charcas, así la ha llamado usted. Y así la he conocido yo también. Hasta ahí, lo que sabemos. Pero, hay más: recién Valentín acaba de decir que usted es El bigotudo de la mesa 2. ¿No lo entiende? Usted es el bigotudo de la mesa 2. Para mí y para Valentín. Los dos lo llamamos igual, con su nombre de personaje: El bigotudo...

—... el bigotudo de la mesa 2.

—Exacto.

—Pero sigo sin entender del todo.

—Yo también. Y creo que estamos jodidos. Y tenemos que hablar con él.

—Con Valentín —dirá el bigotudo con tono de pregunta.

—Con Valentín —asentirá usted—. ¿Se acuerda de lo que le dije? ¿Que usted y yo estábamos en el mismo tren? Bueno, parece que este convoy traslada más pasajeros de lo que creíamos.

El bigotudo se restregará los ojos.

—Perdonemé, ¿qué me decía del pito?

—Nada. Una boludez. Olvidesé, quiere.

CAPÍTULO XI

El negro canturreará un “Graziás” con tonada francesa y saldrá al trote. Matilde ahora escribirá en su celular. Lo dejará a un lado, se acomodará el flequillo detrás de la oreja y seguirá al negro con la mirada, que ya estará ubicado otra vez junto a su caballete repleto de bisuterías.

A su entender, Matilde se revelará definitivamente muy diferente a la tarde de ayer. Y recién entonces advertirá el motivo de esa diferencia: la serpiente que había visto tatuada ya no estará en su brazo. Como tampoco la cicatriz. Ambos brazos se mostrarán tersos y puros y sin una marca que los diferencie de cualquier otro brazo, de cualquier otra mujer. Usted pensará, cada vez entendiendo menos —si es que en algún momento entendió algo—: *Estamos recontra jodidos*.

—Usted dice que este Valentín es también un lector como nosotros —indagará el bigotudo.

—¿Cómo? —balbuceará usted, procurando volver al aquí y ahora.

—Que Valentín es también un lector.

—Exacto. Valentín o, mejor dicho, quien ahora ocupe el lugar de Valentín, no forma parte del bar. Él también lee esta novela.

—Tiene sentido. Ahora todo tiene sentido.

—Yo diría que nada lo tiene.

—Déjeme, entonces, que le cuente lo que vi en el baño. Lo que vi *desde* el baño.

—Pedimos otra ronda, mientras —propondrá usted, que para esta altura ya tendrá la lengua reseca como un pedazo de alfombra.

—Pidamos.

—¿Capuchino?

—No podría tomar otra cosa por mucho que quisiera: el bigotudo de la mesa 2 toma capuchino, vio.

—Los caprichos del autor —dirá usted, por decir algo.

—Sabe que intenté, pero no me pude acordar el nombre del autor de esta novela. Creo recordar que en la contratapa figuran dos nombres, no me acuerdo de ninguno.

—Omar... Omar algo.

—¡Omar Weiler²! Ahí está. Omar Weiler. Sabía que era medio como Oscar Wilde. Omar Weiler... parece más un sobrenombre, ¿no?

—Un seudónimo, dice usted.

—Sí, eso. Un seudónimo.

—De seguro lo es. ¿Qué desquiciado firmaría esta absurda novela con su nombre real?

—El mismo capaz de escribirla. Como sea: se llame o no así, este Weiler es, sin dudas, un desquiciado.

—Se queda corto, me parece. Yo diría que es un perverso.

El bigotudo permanecerá callado, con la mirada perdida, los ojos brillosos. Usted sorteará ese silencio:

—Un capuchino para usted y un café para mí—. Le hará un gesto a Valentín. Pero él no responderá. Ni un movimiento. Le clavará la mirada y, por enésima vez, se irá por el pasillo. El encargado, unos culos de botella adheridos a la nariz, estará controlando algunas facturas o documentación semejante.

—Venga, vamos —dirá usted.

—¿Adónde? Yo me quedo.

² Omar R. Weiler. Seudónimo utilizado por el seudónimo Richard Bachman cuando no se veía obligado a publicar lo que escribía su alter ego. (*N. del A.*)

Otros de sus seudónimos: Witold Varlotta, Margot Stofenmacher, Pablo Alborde, Cart Nicker, Segundo Cuarto, Mario Gombrowicz, Jorge Luis Jorges. (*N. del E.*)

Toda las Notas al pie son falsas. (*N. del A. y del T.*)

—Tenemos que hablar con Valentín.

—No pienso dejar sola a Matilde—. El bigotudo señalará con el mentón hacia la mesa de la calle Charcas—. Es mi turno de vigilarla.

—Venga, vamos a estar los tres en el mismo lugar. Y así nos aseguraremos de que ella no corra peligro.

—¿Usted dice?

—Nadie más que nosotros puede lastimarla. No se olvide. Y qué mejor que estar los tres sospechosos entre las mismas cuatro paredes.

—Tiene razón. Pero vamos los dos y volvemos los dos. Y en cuanto veo que trama algo...

—Evítese las amenazas. Yo tampoco voy a quitarle los ojos de encima. Ni a usted ni a Valentín. Pierda cuidado.

—Vamos. Pero, ojo: Valentín no es como nosotros.

Esta vez, el bigotudo agarrará su agenda y el diario y se abrirá paso entre las sillas sueltas de la mesa contigua. Usted se levantará y lo acompañará de cerca. A pesar de lo peligroso de la situación, un cosquilleo reconfortante le trepará por la espalda. Sentirá que la sangre le hierve en las manos y en el cuello. Miedo, sí. Ansiedad también. Pero, por sobre todas las cosas, será el sentido de la aventura lo que percibirá en el latir caliente de sus manos. Emoción que hace mucho tiempo no sentía. Hoy, acá y ahora, usted es importante. Imprescindible es. Ya no es el que se asoma desde una hendidura. Hoy, usted está del otro lado. Usted decide. Usted, puesto en acción.

Pasará junto a la barra. El encargado seguirá examinando sus papeles. Ahora usted podrá ver que son facturas de luz lo que controla.

“Valentín no es como nosotros”, había dicho el bigotudo. Ahora, en el pasillo, aclarará aquel último comentario:

—Usted se sabe lector que usurpa el cuerpo de un tipo. Y sabe que yo estoy en su misma situación. Pero este Valentín no es como nosotros. Es diferente.

—¿Diferente cómo? —dirá usted. Y empujará la puerta del depósito. Ya no la del baño. Abrirán la puerta de “Solo empleados” sin preocuparse porque el encargado o alguien más los vea.

Desde detrás de una torre gris de casilleros, les llegará la voz de Valentín y la del otro. La voz áspera, de fumador.

—Así de diferente—. El bigotudo señalará a Valentín, que todavía no notará la intrusión. Estará muy ensimismado en su discusión con un tipo al que sólo él podrá ver.

Sí: Valentín estará hablando solo. La voz del fumador, la del tal Federico, también será la de él.

—Vea —murmurará el bigotudo.

Usted, de haber visto esta misma secuencia en cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, habría creído que este pibe está limado, que es un caso para mandar directo al Borda. Pero hoy, después de lo que le ha tocado evidenciar desde que ha decidido dar vuelta la estúpida hoja de esta estúpida novela, no sabrá qué pensar.

CAPÍTULO XII

—¿Qué hacés, pibe? —dirá el bigotudo.

Valentín se dará vuelta y abrirá los ojos y parpadeará unas diez veces.

—Ustedes qué hacen acá —apurará todavía con la voz de fumador.

El bigotudo le cederá la palabra con una mirada fugaz; usted no sabrá qué decir. O más bien, no sabrá por dónde empezar.

—Váyanse. No pueden estar acá. ¿No leyeron el cartel?

Entonces usted hallará, en esa última pregunta, la forma de avanzar con todo este asunto:

—Lo leímos, Valentín —le temblará la voz, y deberá carraspear para fingir la seguridad que no tendrá—. Leímos demasiado, agregaría yo. Así como hiciste vos.

—Se van —dirá, y su voz aún gruesa y podrida retumbará en el pequeño cuarto—. No sé de qué hablan. Se van o llamo al encargado.

Valentín cerrará su casillero, se acomodará el moño y caminará en dirección a la puerta. El bigotudo se moverá rápido: le bloqueará el paso con la mano que cargará la agenda:

—Queremos hablar, pibe. Estamos todos en la misma.

—Sabemos que vos también estás acá porque no te detuviste en la advertencia del primer capítulo.

Usted esperará no sonar tan estúpido como le pareció al pensarlo. No lo conseguirá. Toda la situación será completamente estúpida. Aunque estúpida no será la palabra: absurda será la palabra.

—Sabemos —seguirá diciendo— que diste vuelta la hoja de esta novela y que ahora estás tan metido en este quilombo como nosotros.

—Entonces —Valentín ahora hablará con su voz de siempre— ustedes tampoco son ustedes.

—No. No lo somos —dirá el bigotudo.

A usted empezará a dolerle la cabeza: punzadas en la nuca y en la frente se repetirán como pequeños pero lacerantes agujazos. Tomará aire, respirará profundo. Y, sin esperarlo siquiera, lanzará contra la pared más cercana un vómito marrón y acuoso, y las arcadas se reiterarán una decena de veces. Ninguno de los otros dos dirá nada. Usted va a intentar respirar otra vez. Así hasta que las arcadas ceden. Se limpiará la boca con el dorso de la mano, y la mano con la costura de su pantalón.

—¿Está bien? —preguntará Valentín.

—Déjalo, es natural—. El bigotudo sonreirá—. Todo esto de ser y no ser es para volverse loco.

—Shakesperiano —acotará Valentín—. Y, al ver que ni el bigotudo ni usted reacciona al comentario, seguirá diciendo:

—Es mi favorito: Shakespeare.

—Lo imaginé —dirá el bigotudo.

Usted se estirará, toserá y escupirá los vestigios del vómito y, con el regusto a café ácido todavía en la boca, responderá:

—Ya estoy bien. Son los nervios. Y, para ser sincero, esto es más bien kafkiano.

—¿A sí? —dirá el bigotudo—. Yo diría que es borgiano. O borgeseano o como carajo se diga. No jodan, muchachos. Esto no es chiste, no es literatura. Yo no sabré tanto como ustedes, pero sí puedo jactarme de mi muy buena memoria. Y lo recuerdo patente: “Esto no es un juego: hablamos de la vida de una persona”. Y eso es lo esencial. No lo olviden.

—Nadie se olvida —balbuceará usted, con tono de reproche.

—Hay que evitarlo —agregará Valentín, otra vez con aquella áspera voz.

Usted y el bigotudo cruzarán las miradas. Será él quien preguntará:

—¿Qué hacés, pibe?

—¿Qué hago con qué? No entiendo...

—Con la voz —dirá usted—. Cambiás la voz, hablás solo, te quedás como hipnotizado cada dos por tres. Vas y venís. ¿Qué hacés?

—¿Cómo qué hago? Lo mismo que ustedes.

—¿Que nosotros?—. El bigotudo sacará un paquete de Marlboro del bolsillo, se prenderá uno y volverá a guardarlo—. ¿Que nosotros, pibe? ¿Vos nos viste hablando solos a nosotros? ¿Nos viste teniendo conversaciones con la nada misma? ¿Nos viste cara de ventrílocuos a nosotros?

—¿Qué? ¿Entonces ustedes no me entienden? Ustedes no saben un carajo entonces.

—Explicate —pedirá usted.

—¿No se dan cuenta? —su voz ronca contrastará sobremanera con el enclenque aspecto de este pibe—. Yo no hablo solo. Yo hablo con mi personaje. Con él es con quien discuto. No sé ustedes, pero esto me está desquiciando.

—¿Con tu personaje? —dirá usted, creyendo que esa etapa ya la habían superado—. Tu personaje sos vos.

—No... sí... Soy y no soy. De a ratos. ¿Ustedes lo controlan todo el tiempo? ¿Pueden controlarse...?

El bigotudo lo mirará con los ojos con que mira uno a un cachorro que agoniza y al que hay que sacrificar.

Usted pensará que Valentín está jodido a la décima potencia.

—No puedo más. Resolvamos esto antes de que me consuma las pocas energías que me quedan.

—En eso estamos —dirá el bigotudo.

Valentín se sentará en el piso, como indio. Agachará la cabeza y resoplará: una respiración agitada y nerviosa.

Desde su posición, usted creará que Valentín llora. Y querrá decir algo, pero no sabrá muy bien qué. El bigotudo se acercará a él y le ofrecerá un cigarrillo. A usted también le ofrecerá uno. Valentín lo prenderá y, desde el piso, la voz ronca hablará una vez más.

—De haber sabido que no sólo me vería implicado en este quilombo, sino que además tendría que lidiar con mi ridículo personaje, jamás hubiera avanzado de capítulo. ¿Quién iba a creer que esto sería posible? Díganme.

—...

—Díganme algo. Díganme qué tengo que hacer. Mi personaje ya no me responde. Es agotador, ya no puedo más.

Se quedarán los tres en ese pequeño cuarto. Fumarán en silencio. Hasta que Valentín vuelva a hablar.

Lo hará con su voz de adolescente. La misma voz que atiende las mesas de este absurdo bar de Charcas y Armenia.

CAPÍTULO XIII

—¿Qué hacen todavía acá? Ya les dije que se vayan.

El bigotudo le hará un gesto. Usted dudará. Pero, al ver que Valentín se levanta y vuelve al rincón junto al casillero, optará por hacerle caso. Saldrán, y antes de cerrar la puerta, comprobará que, de una u otra forma, Valentín está loco. Es posible que haya llegado cuerdo al segundo capítulo. Pero para esta altura (que usted creará bastante próxima al desenlace) ya se le habrán zafado unos cuantos tornillos. Valentín hablará:

QUIÉNES SON ESTOS TIPOS. QUÉ SE CREEN

SON LECTORES TAMBIÉN. ESTÁN ACÁ POR MATILDE

¿MATILDE QUÉ TIENE QUE VER? YA TE DIJE QUE VOY A HABLARLE CUANDO SE ME DÉ LA GANA

MATILDE VA A MORIR, ALGUIEN LA VA A MATAR. NO ME ENTENDÉS

CÓMO QUE LA VAN A MATAR NADIE LA VA A MATAR MATILDE NO, ME ESCUCHASTE ME ESCUCHASTE MATILDE NO

SÍ, TE ESCUCHÉ. NO HAGO OTRA COSA QUE ESCUCHARTE. PERO SI NO ME AYUDÁS, ME ESTÁS CONDENANDO A CONVIVIR CON VOS PARA SIEMPRE. NOS ESTÁS CONDENANDO

MATILDE NO, QUIÉN ES MATILDE, QUIÉNES ERAN ESOS TIPOS

QUÉ TIPOS. HAY QUE TRABAJAR. HAY QUE VOLVER Y ATENDER LAS MESAS

QUÉ TIPOS, QUÉ LIBRO. QUIÉN SOS. MATILDE VA A MORIR. LA VAN A MATAR

SEGURO EL BIGOTUDO ESE. O EL OTRO, EL INSULSO DE LA MESA 4

QUÉ MESA, QUIÉN SOS. CALLATE, QUERÉS. CALLATE, NO ME HABLÉS MÁS

HAY QUE TRABAJAR. HAY QUE SERVIR. YO LA AMO A MATILDE. QUIÉN SOS

QUIÉNES ERAN ESOS TIPOS. QUÉ QUIEREN. QUÉ TIPOS

—Este pibe necesita ayuda.

—Calmesé —dirá usted, volviendo a sentarse en su silla de la mesa 2—. Acá, lo importante es ayudar a Matilde. Y nada más.

—A usted le gusta esta piba —dirá el bigotudo.

—¿Qué dice? —. Usted hablará con más seguridad de la que sentirá realmente—. Hay que evitar que la maten: así también lo ayudamos a Valentín. Y nos evitamos quedar pegados en este asunto. Así ganamos todos.

—Es que este Valentín me da una pena, hombre. Es tan joven.

—Qué joven. ¿Usted oyó la voz rasposa esa? Mínimo sesenta pirulos tiene.

—Sí, pero el de acá, digo... el Valentín de acá sí es un pendejo.

—El de acá no existe. ¿Todavía no lo entiende?

—¿Qué no va a existir? Habla, camina, trabaja, siente. Si eso es no existir...

—Estamos en una novela —susurrará usted. Y lo susurrará por miedo a que alguien lo oiga y se ofenda—. ¿O ya se olvidó?

—No me olvido.

—Bueno, estamos de acuerdo entonces.

—Para nada, hombre. Una cosa no quita la otra: siempre que haya alguien que lea la novela, alguien que dé vuelta la hoja hacia el segundo capítulo, Valentín va a existir. Así como nosotros. Bah... nosotros, no. Pero sí estos dos que somos ahora: el insulso de la mesa 4 y el bigotudo de la mesa 2.

—Cada vez que abre la boca, me sorprende un poco más —confesará usted con una sonrisa—. Menos mal que me acerqué: trabajando juntos tendremos una posibilidad de salvar a Matilde. Incluso si usted llegara a ser el asesino. Aunque, para serle sincero, ya casi que lo descarto.

—Hay que seguirlo de cerca a Valentín —dirá el bigotudo, acodándose sobre la mesa—. Estar atentos cuando se acerque a la mesa de Matilde. Tiene que ser él: yo no pienso matar a nadie, y espero que usted tampoco.

—Y pensar que Matilde, ahí sentada, escribiendo y leyendo, no jode a nadie.

—No quiere asumirlo. Pero a usted, ella le gusta.

—¿A quién no? Es inteligente, es joven. Y está muy fuerte. Pero, en verdad, Matilde, por sobre todas las cosas, me genera intriga.

—El escote le genera intriga a usted. No se haga...

—El tatuaje me intriga. El tatuaje y la cicatriz en el brazo.

El bigotudo se frotará los bigotes y levantará disimuladamente la vista.

—¿Qué tatuaje? Yo no veo ningún tatuaje. Ni ninguna cicatriz.

—Eso es exactamente lo que me intriga.

—Explíquese.

Matilde dará vuelta una hoja y comenzará a leer, otra vez en voz alta. Ustedes harán silencio

III escrito de Matilde

Esta mañana, Mía pegaba su primer póster. Un póster de Harry Potter: oscuro... casi tenebroso. Era grande el póster, de esos que ya no se ven.

Y sentí nostalgia. Y no hablo de la nostalgia de cualquier escritor que se precie de serlo, no. Fue una nostalgia que conviene no sentir. De esas que no inspiran, sino que paralizan.

Pero no fue solo eso: había algo más.

Ver a Mía esforzándose por pegar bien derecho aquel póster reanimó mi vieja obsesión. Aquella vinculada con el tiempo, con el paso del tiempo. Obsesión que tiene que ver con la forma o las formas en que el tiempo transcurre o deja de transcurrir. Los distintos planos en que puede moverse. La superposición, la repetición, la sustitución. La sustitución, es bien sabido, me obsesiona.

Me vinieron un montón de imágenes. Y no eran recuerdos del primer diente de Mía, de lo que lloró en el bautismo ni de la primera vez que dijo “Mamá”. No: las imágenes eran más antiguas, mucho más viejas. En ellas, era yo quien pegaba mi primer póster. Uno de los Thundercats que me había comprado la tía Mari en el kiosco de la avenida. Cuando me lo trajo, casi que la beso y todo. Mostraba escenas de batalla el póster, con esos desterrados felinos sobreviviendo en un planeta desconocido. Era el único póster en el que Cheetara, mi Thundercat favorita, iba al frente, con su bastón bo, su velocidad de chita, su pelo tan rubio, tan salvaje. Y El ojo de Thundera a un lado, con su poder de ver más allá de lo evidente, como custodiando. Como diciendo «Si hace falta, acá estoy». Y los malos también, hasta el gatito cobarde estaba: ese que era más bien una mascota y que pretendía ser gracioso, y al que yo odiaba más que al mismísimo Mumm-ra.

Pero lo que sentí no fueron ganas de volver a ver aquellos dibujitos de los ochentas, los de mi infancia. La imagen de Mía pegando su primer póster me llevó a aquella imagen en la que era yo quien pegaba su primer póster, me llevó las guerras de los Thundercats. Y esa, directo a la imagen de mi madre. Mi madre sentada sobre mi cama, fumando sus sofocantes Benson & Hedges, pasándome la cinta scotch y diciéndome que el póster estaba torcido: a su manera, sin saberlo, ella también estaba luchando.

Lo que le habrá costado aceptar semejante desorden. Porque era un desorden en todo sentido: aceptar que yo eligiera los colores de mi pieza —lo sé ahora— significaba mucho más que una pared con fotos de superhéroes y princesas; significaba que yo empezaba a crecer, a hacerme mujer. A abandonarla.

Ahora la entiendo a mi madre. Después de la nostalgia de esta mañana, entendí su último tiempo. Porque ella ya lo sabía, sabía que pronto se iría. Que no habría ya momentos como ese. Y recién ahora la entiendo: mi madre quería ser

ella quien se fuera primero. Como debe ser: debía ser ella quien me abandonara, y no al revés.

Esa tarde me dijo algo que no entendí, que no fui capaz de comprender sino hasta hoy. Algo que tiene mucho que ver con mi obsesión por el tiempo, por la sustitución. Desde el borde de la cama, mi madre me dijo:

—¿Sabés una cosa, Matilde? Cuando yo sea grande, quiero ser como vos.

Y yo me quedé helada. Una tonta, una idiota. «Cuando sea grande, quiero ser como vos», había dicho.

No era lógico lo que me decía, debía ser al revés; tenía que ser yo quien me pareciera a ella. Así es como suceden las cosas, así es como están escritas las leyes del tiempo: la hija se parece a su mamá. Se parece mucho o no tanto, y punto.

De modo que, si alguien pretende explicarse mi obsesión por el tiempo, acá he dejado la excusa perfecta para que deje de buscar. Lo supe hace un par de horas. Esta misma mañana lo supe. Mañana en que Mía pegó su póster de Harry Potter. Tarde en que, sin saberlo, ella empezaba a abandonarme.

Abría un atado nuevo cuando me acordé de eso y de otras cosas. De eso y de El ojo de Thundera me acordé. Con su capacidad de ver más allá de lo evidente, ha de ser muy útil cuando uno no es capaz de reconocer las señales. Cuando ignorás que estás a punto de perder a tu madre para siempre.

—¿Oyó?

—Claro que oí —dirá el bigotudo—. A usted qué le parece.

—Que es una mujer muy triste.

—Yo creo que está expiando culpas.

—No me va a decir que se cree todo lo que ella escribe.

—No, por supuesto. Pero si escribir no sirve para desahogarse, no sé para qué querría escribir uno.

—Puede que algo de razón tenga. Para mí, escribe bastante bien.

—Insisto que usted le quiere caer, y no lo culpo.

—Espere. Matilde está guardando sus cosas.

—¿Qué hora es?

—Siete y pico —usted le echará una mirada al 42 pulgadas, que ahora mostrará un mapa de la Argentina con soles y nubes y lluvias dibujadas en distintas regiones—. Siete y media pasadas.

—Ya se va.

—Sí. Y hoy no la vimos sonreír. Así que podemos presumir que le queda tiempo: “La última vez que la verán con vida, ella escribirá con una inusual sonrisa”.

Matilde se calzará los lentes a modo de vincha y, con la cartera colgando pesada del hombro, abandonará el bar. Muy seria, cruzará Charcas con pasos largos.

—Cada día que Matilde no sonríe, debemos celebrarlo —dirá el bigotudo. Su voz cadenciosa hará vibrar los bigotes que le sobresalen del labio—. Así que nuestros días son esto, hombre: desear que Matilde sea infeliz. Y que viva así muchos años más.

—Usted es un exagerado. Y un cínico. Me cae cada vez mejor.

—Yo solo digo.

—No cree que deberíamos seguirla.

—No. Definitivamente, no.

—Eso qué significa.

—Significa que yo ya me voy. Paga usted, ¿no es cierto?

—¿Adónde va?

—No sé. A mi casa, a trabajar, al cine. No lo sé. No se olvide que yo soy ese que sale del bar siempre unos minutos después de la mujer de la calle Charcas. —Se levantará, se sacudirá la camisa y se despedirá con una inclinación de cabeza. Llevará consigo su agenda y el diario, que no habrá leído. Antes de que salga, usted le gritará.

—¿Qué es lo único importante?

Él volteará y asentirá. La puerta del bar se cerrará despacio y en silencio.

—Lo único importante —murmurará usted— es evitar que Matilde muera—. Y advertirá que Valentín todavía no ha aparecido. Y advertirá una cosa más: en la mesa que da a la ventana de la calle Charcas, habrán quedado algunas hojas sueltas.

Y tú, lector, que te apiadas del vacío de Nick Carter, ¿qué me puedes decir de ti mismo? De tu enigma, de tu identidad. ¿No te das cuenta de que también a ti te han asesinado? A ti también te han clavado un cuchillo en la espalda el día mismo en que naciste.

Nick Carter se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo

Mario Levrero

MATILDE DEBE MORIR

CAPÍTULO XIV

El tercer día en este bar, Valentín le traerá el café y le dirá que tiene que hablar con usted. Con su voz de fumador lo dirá.

—Tengo que hablar con ustedes —y hará un gesto hacia la puerta: el bigotudo estará entrando con el diario debajo del brazo. Él caminará hacia su mesa y saludará.

—Buenas tardes. ¿La piba no llegó todavía? —Señalará a la mesa que da a la ventana de la calle Charcas.

—Tenemos que hablar —insistirá Valentín.

—¿Qué pasa? —preguntará usted, y dará un sorbo a su café.

—Lo estás controlando, pibe—. El bigotudo se aplastará en la silla.

—De a ratos nomás.

—Me alegra. No ha de ser fácil que tu cabecita deba oír dos voces. Ha de ser muy parecido a la esquizofrenia, diría yo. Me alegro que estés ganando la pulseada, pibe. Por vos. ¿Y eso? —el bigotudo señalará los papeles que están sobre la mesa.

—Un cuento —dirá usted.

—Ahora escribe también.

—Un cuento que ayer Matilde olvidó sobre la mesa.

—¿Y?

—Está bien. Me gusta. No sé.

—No me dice mucho. ¿Puedo echarle una ojeada?

—Tenemos que hablar ahora —dirá Valentín—. Ahora que estoy solo, antes de que la otra vocecita irrumpa y me carcoma las pocas fuerzas que me quedan.

—Habla —ordenará el bigotudo, largando un suspiro que olerá a tabaco—. Y después me traés un capuchino.

—Hay que matarla.

—¿Cómo?

—Que hay que matarla. No puedo más con esto. Matilde tiene que morir para que se acabe.

—¿De qué hablás, pendejo?—. Usted arrastrará su silla para atrás—. Te volviste loco.

—Yo sabía que el asesino era este pibe —dirá el bigotudo—. Este pibe o el tal Federico, que ahora habla por el pibe.

—Ustedes no entienden. Nada entienden —Valentín acercará una silla y se sentará apoyando los brazos en el respaldo—. Si Matilde no muere, esto no se acaba nunca.

—Tomátelas, pendejo —amenazará usted, frunciendo la nariz y mostrando los dientes.

—Ustedes —seguirá diciendo Valentín, con voz ronca— son dos marionetas: Caroso y Narizota son. Se piensan que se las saben todas, pero no saben un carajo. No se dan cuenta de que hay una única forma de que se acabe este asunto.

—Todo lo contrario —dirá usted—: hay múltiples variantes. Tantas...

—...sólo una hay —interrumpirá Valentín.

—...tantas —seguirá diciendo usted— como lectores de esta novela. Ahora, en el juego estamos nosotros. De nosotros depende que Matilde viva, de nosotros depende que el asesino —esto lo dirá mirándolo firmemente a los ojos— fracase.

—¿Ustedes qué se piensan que es esto? ¿Un librito de “Elige tu propia aventura”? ¿Pasa a la página 80 si quieres que Matilde sea rescatada por un bombero? ¿Si decides salvarla tú, pasa a la página 22? ¿Eso se piensan ustedes?

En la cara del bigotudo aflorará una sonrisa, que intentará disimular con una tos.

—Escúchenme, personajes —Valentín golpeará con el puño en la mesa—. Sí, personajes dije. Voy a ser claro. O Matilde se muere o esto no se acaba. Nunca.

—Explicate —dirá el bigotudo.

—Yo no soy ningún asesino: soy un tipo que piensa. ¿No oyeron hablar de esa palabra?

—No te hagás el piola, pendejo —advertirá el bigotudo.

—Entonces, de tanto pensarlo, me di cuenta de que la respuesta siempre había estado frente a nuestros ojos. Al principio, yo también creía que estaba acá para evitar que Matilde muriera. Pero esta mañana, pensé en todas las tragedias que leí desde que descubrí mi fervor por la literatura, en todas las buenas películas que vi desde que tengo memoria.

—Al grano, nene.

—Imaginen esto: Romeo y Julieta deciden robar un carruaje y, una noche, se escapan. Y viven su romance en algún lugar lejos de Verona. Se comprometen, tienen hijos... O imaginen otra cosa, que la profecía de muerte de Macbeth no se cumple. Y logra reinar hasta que se muere de viejo.

—Ah... vos eras el shakesperiano—. El bigotudo se morderá el labio, o eso parecerá que ocurre debajo de sus bigotes.

—O usted —Valentín ignorará la interrupción. Lo señalará a usted—. Imagine que Gregorio Samsa pasa otra noche y *pum*: deja de ser un insecto, deja de ser ese bicho horrible. Y se despierta recuperado y de vuelta hombre.

—¿Adónde vas con esto? —dirá usted. Pero la idea ya empezará a darle vueltas por la cabeza. No será una idea clara, pero sentirá que toda esta perorata terminará en una conclusión obvia.

—En las novelas, las cosas son de una única manera. Romeo y Julieta mueren porque deben morir, porque así estaba escrito en su prólogo —Valentín cerrará los ojos y recitará—: “*De la raza fatal de estos dos enemigos vino al mundo, con hado funesto, una pareja amante, cuya infeliz, lastimosa*

ruina llevara también a la tumba las disensiones de sus parientes. El terrible episodio de su fatídico amor...”

—Tomá mate —dirá el bigotudo.

Valentín parpadeará, lo mirará a usted y seguirá hablando:

—Lo mismo Macbeth y el bicho de Kafka. Y si no murieran, no habría novela. No habría historia. Es la obligación de toda tragedia.

—¿Vos decís que esto es una tragedia? —indagará el bigotudo.

—¿No recuerdan el segundo capítulo? Decía algo así como que Matilde será asesinada. No decía que tal vez moriría. No. Matilde morirá. O la mujer de la calle Charcas o yo qué sé. Pero decía morirá.

Antes de que Valentín vuelva a hablar, usted ya sabrá lo que él va a decir. Y sabrá también que tiene razón. No lo mencionará. En realidad, usted no dirá nada. Pensará y pensará la forma de rechazar la idea, pero comprenderá que la muerte de Matilde es inevitable. Que es necesaria.

—Si queremos salir de la novela, si queremos que avance hasta la última página, Matilde tiene que morir. O nos vamos a anclar acá, dando vueltas y vueltas, viendo cómo se repite cada tarde igual a la anterior en esta novela de mierda que más que novela es una cárcel, un laberinto.

El bigotudo toserá, esta vez una tos genuina. Abrirá la boca y la volverá a cerrar. Valentín lo mirará a usted y después al bigotudo y otra vez a usted.

—Ya te traigo el capuchino —le dirá Valentín al bigotudo, le hará un guiño y los dejará solos.

—Tiene razón.

Usted guardará silencio.

—Sabe, hombre, que tiene razón. A pesar de lo que diga este pendejo irrespetuoso con aires de dramaturgo, yo también estuve pensando. Pensaba en algo que usted me dijo ayer.

»Ayer usted me preguntó qué es lo importante. ¿Se acuerda? Y yo primero pensé que lo importante era descubrir quién iba a matar a Matilde. Y, después de darle vueltas durante un largo rato, pasé a creer que lo importante

era más bien evitar que la asesinen. Me dije que lo importante era evitarlo. Pero ahora, después de lo que dijo este pibe, me parece que lo importante es otra cosa. Lo importante es que Matilde se va a morir. Así de simple. Si ella no se muere, la verdad, no hay nada importante en esta novela. ¿O va a ser una novela basada en la historia de unos tipos que toman café? ¿O capuchino, o lo que carajo sea? No, hombre. Lo importante es que Matilde va a ser asesinada. Y hasta que eso no ocurra... bueno, eso: lo que acaba de decir el pibe. Hasta que eso no ocurra, vamos a seguir mordiéndonos la cola.

—Me cago en Omar Weiler —dirá por fin usted, con los dientes apretados.

CAPÍTULO XV

El encargado hablará con Valentín. Usted oirá que el encargado tiene que salir a hacer un trámite, que tiene que pagar unas facturas que vencen hoy.

Que no haga cagadas, pedirá el encargado, que lo deja al mando del bar por un par de horas. Saldrá con unos papeles y las llaves de un auto y, al llegar a la puerta, le cederá el paso a Matilde, que viene entrando.

—Gracias —dirá ella. Pasará por al lado de la barra y le hablará a Valentín—. Lo de siempre, por favor—. Y se sentará en su silla de todas las tardes.

Valentín responderá:

—Enseguida —y le dedicará una mirada a usted. El bigotudo le preguntará:

—¿Qué opina?

—No sé. No sé qué pensar.

—¿Quiere saber lo que opino yo?

—La verdad, no me sería de gran ayuda.

—Pienso que el pibe tiene razón. Y usted también lo cree. Sólo que todavía no lo acepta. No es capaz de decidir que ese es el único camino.

—No pienso en eso. No se haga el Freud, que apenas nos conocemos.

—¿En qué piensa, entonces? —murmurará el bigotudo.

—No sé. No me haga caso.

—¡Pibe! —dirá el bigotudo—. No te olvides del capuchino.

—Sí, ya va —responderá Valentín, ya con su voz de mozo.

—Si no me habla —el bigotudo se sonará los nudillos—, no lo puedo ayudar.

—Y sigue haciéndose el psicoanalista.

—No, hombre. Cuando digo ayudarlo, hablo de ayudarnos. De salir juntos de esta.

—Está bien. ¿Quiere que le diga qué pienso? En el encargado, en eso pienso.

—¿Qué pasa con el encargado?

—Me preguntaba por qué el encargado no será uno de los sospechosos.

—Caprichos del autor, como usted dijo.

—No. ¿Sabe qué creo? Creo que el encargado no será sospechado porque él no estará cuando Matilde muera.

Valentín traerá el capuchino.

—Ya vuelvo —dirá. Y seguirá con la bandeja hasta la mesa de Matilde.

—¿Entonces? —preguntará el bigotudo.

—Matilde tiene que morir ahora, que el encargado salió. Es la única forma de que se cumpla la promesa del primer capítulo. Ahora o deberemos esperar a que vuelva a salir.

—El tipo ese no sale nunca.

—Entonces deberá ser ahora.

—Está decidido, por lo que veo.

—No. Usted me preguntó qué pensaba. Sólo eso.

Valentín dejará la bandeja en la barra y se sentará otra vez con ustedes.

—Yo —será la voz de fumador la que ustedes oirán—. Yo quiero... quie... quiero saber —hablar le significará un gran esfuerzo—. Yo... —y después hablará con la otra voz—... Valentín quiere saber...

—Tranquilízate, pibe —dirá el bigotudo—. Respirá profundo y calmate. No es momento para que hagas un escándalo. Lo único que falta es que empieces con el show de Chasman y Chirolita.

—Quiero que me dig... dig...

—Respirá. Eso, así. Respirá hondo.

—Que me digan qué va a pasar. Qué... qué tienen pensado hacer...

—Es simple —dirá usted—. Le di mil vueltas y no le encuentro otra solución: hay que hacerlo.

—Asesinarla —murmurará el bigotudo.

—Yo me of...of... ofrezco yo... —tartamudeará Valentín.

—¿Así de fácil?

—Así de desesp...erado estoy.

—Yo quisiera mencionar algo —el bigotudo tomará un trago de su capuchino—: así como lo decía en el capítulo 1, esto no es un juego. Y por mucho que formemos parte de una novela, por mucho que seamos personajes guionados por un maldito desquiciado, lo que vamos a hacer no es joda.

—Nadie dijo que lo fuera —dirá usted.

—Lo que digo es que vamos a matar a alguien. Vamos a convertirnos en asesinos. Vamos a sentirnos tal como si lo hiciéramos en la vida real. Eso, yo qué sé. Me pareció que debía decirlo. Estoy con ustedes, pero entendamos que no nos va a ser tan sencillo. Esto es una locura.

—Voy, agarro un cuchillo y le pongo punto final—. La voz de Valentín, otra vez ronca y áspera, le generará escalofríos.

—No —dirá usted.

—Acaba de decir que hay que matarla —reprochará Valentín— y ya se está echando atrás.

—No. No puede ser así. No puede ser tan fácil.

—¿Y cómo quiere que lo hagamos, entonces?

—Hay una sola forma de hacerlo. De cumplir con la promesa del primer capítulo. Hay que hacerlo —usted seguirá sin poder pronunciarlo— de forma tal que los tres seamos sospechosos.

El bigotudo resoplará.

—Si tenés razón—. Usted lo mirará a Valentín—, y creo que la tenés, sólo se acabará si respetamos lo estipulado en el comienzo: lo de la triple sospecha.

Valentín se morderá el labio.

—Me cago en Dios —dirá el bigotudo—. Tiene razón, che.

CAPÍTULO XVI

El solo de una guitarra sonará. De inmediato, usted reconocerá ese *ringtone* que empieza con un solo de Angus. Será ACDC. Será el teléfono de Matilde. Y usted —así como Valentín y el bigotudo— parará la oreja.

Hola, Lu. sí, todo bien. En el bar, escribiendo un poco. Sí, estoy emocionadísima. Anoche me la pasé escribiendo. ¿Viste que faltaban dos? Bueno, anoche escribí tres. Sí, hoy termino algunas correcciones y te lo paso. Te vas a morir, Lu: son los mejores cuentos que escribí. Sí, está perfecto. Los corrijo y te los mando desde el celu. Dale, dame un rato. ¿Te parece? Bueno, la que sabe de eso sos vos. No, no lo pensé eso. Ajá... lo que digas, Lu, vos sabés que en eso no me meto. Sí. De verdad te digo. No veo la hora de verlos editados. Te van a encantar, yo sé por qué te lo digo. Ah... ajá, ajá. ¿Te parece? No, lu. No. No quiero sonar pedante ni que pienses que soy... sí... sí. Está bien. Pero el título se queda. Sí. No, Lu, pedime lo que quieras, pero el título se queda. Sí: *Matilde debe morir* tiene que llamarse. No. Tiene que ser *Matilde debe morir*. Ok. ¿Ves que sos divina, Lu? Qué haría yo sin vos. Sí, dale. Te mando un beso. Cuidate. Besos.

—“Emocionadísima” —dirá el bigotudo.

—“Matilde debe morir” —dirá Valentín.

Usted prestará atención a los gestos de ella. Verá cómo ella deja el teléfono a un lado y saca su cuaderno anillado. Ella empezará a escribir. Y, por mucho que usted desee que Matilde lo mire, ella no lo hará. En cambio, usted verá que las comisuras de su boca se elevan, despacio, como si un lazo invisible y corredizo los estirara hacia arriba: Matilde sonreirá.

—Es hoy —dirá usted—. Es ahora. Y, a pesar de la pena y el dolor y el terror que le provoca siquiera pensar en lo que harán, sentirá que esa sonrisa es una especie de consuelo. Pensará que, si todo el mundo sonriera de esa forma instantes antes de partir, la muerte no sería algo tan dramático.

—Podemos —será el bigotudo quien procure poner paños fríos—, aunque sea, reflexionar un poco todo esto.

—No. Ya no hay tiempo: acaba de sonreír.

—Sí —dirá Valentín—. Iba a decir lo mismo.

—¿Entonces? ¿Cómo? ¿Quién?

—Afuera—. Usted hablará con inconmovible certeza.

—“A metros de la salida de este mismo bar” —citará el bigotudo.

—Exacto.

Y usted, aún con la confusión revolviéndole las tripas, sonreirá también.

—Está bien, afuera —dirá Valentín—. Pero quién.

Usted lanzará una carcajada que le hará temblar el estómago, y el recuerdo del vómito se hará presente en un áspero y silencioso eructo. Y seguirá hablando:

—No importa quién. Vamos afuera, alguno de los tres lo hace —seguirá sin poder pronunciar la palabra “matar”—. Y sanseacabó.

El bigotudo golpeará con los dedos en la mesa. Él y Valentín se mirarán. Usted contemplará complaciente esas dos caras que lo miran con estupor. Usted dirá:

—Salimos antes que ella, esperamos a que salga, hacemos lo que hay que hacer y volvemos a entrar. Lo que venga después, ya no estará en nuestras manos. Sólo debemos asegurarnos de cumplir con nuestra parte: ella debe morir a metros del bar, y nosotros debemos volver y esperar a que la trama avance.

—Dos más dos...

—Exacto: ella morirá, nosotros seremos los principales sospechosos. Y el resto, correrá por cuenta del autor.

—Usted dice que ella va a salir antes de que vuelva el encargado —indagará el bigotudo.

—Estoy seguro.

—Espero tenga razón —dirá Valentín.

—¿Puedo leer el cuento, ahora? —el bigotudo agarrará los papeles y procurará que Matilde no pueda verlos, cubriéndolos con su enorme espalda.

—Puede.

Valentín se levantará:

—Voy a seguir con mis cosas. Para no generar sospech... pech... as.

—Andá, pibe. Pero no te alejés —ordenará el bigotudo—. Y focalizate: tenés que ser vos al cien por ciento ahora.

—Apenas ella te pida la cuenta —dirá usted—, salimos y la esperamos afuera.

—No veo la hora de terminar con todo esto —confesará Valentín.

El bigotudo dará vuelta una de las hojas y seguirá leyendo. Después de unos minutos, dirá:

—¿No ha notado nada raro al leer este cuento?

—Me va a decir otra vez que Matilde está expiando culpas.

—Si... bah, no: eso no. ¿No notó lo otro?

—No.

—No notó entonces la firma al final del cuento.

—No.

—¿Usted cree que es casualidad, un torpe descuido o pura vanidad de escritor que la firma de Matilde sea así?

—¿Así cómo? Le digo que no la vi.

—Yo creo que es pura vanidad —él dará vuelta la hoja para que usted pueda verla—. Narcisismo, vio. ¿Por qué, si no, Matilde habría de firmar con unas iniciales que no son las suyas? ¿Por qué habría de firmar O.W.?

IV escrito de Matilde

Mirá, Alemana, sé que para esta altura ya no te quedará carne con qué alimentar a los gusanos, ya no conservarás rastros de esos ojos azules que tanto me atormentaron de chica.

Y sé que vos y yo nunca hablamos. Con vos no se podía. Si lo único que hacías era corrernos, insultarnos en tu lengua y espiarnos por la ventana. A mí, a Mariana, a Gabi, a Laura. A todas.

Porque eras jodida, Alemana. Muy jodida. Te escribo ahora porque sé que estás bien muerta, y porque de alguna forma necesito largarlo. ¿Sabés cuántas veces se me ocurrió tocarte timbre y decírtelo en la cara? Eso me pasa a veces. Será que una se pone vieja y sensiblera. Y cuando advertís que todo es silencio, la cabeza te trabaja el doble y el corazón la mitad; y la espalda no resiste, y una tiene que sacarse pesos de encima. Te escribo ahora porque sé que nadie recoge tu correspondencia, porque ya no te queda nadie. Y te escribo igual, porque así es mejor, más fácil: ya no vigilás celosamente tu vereda con esos ojos azules, que siempre creí asesinos.

Alemana, bajo el calor del verano eras peor: todo el día empuñando la tijera de podar, cortando el pastito de la vereda y combatiendo y torturando hormigas y chicharras; escupiendo no sé qué palabrotas en ese idioma tan agresivo.

Las chicharras aturdían, me acuerdo, y te trepabas muy despacio al níspero y desparramabas veneno por toda la copa. Impregnabas con ese tufo ácido la vereda, la cuadra, la calle, el barrio entero.

Nosotras salíamos a jugar después de la siesta. Tardes de escondidas, de pelopincho, de rayuela, de princesas. Tardes de putearte también. De putearte con alma y vida.

A las cinco y media, después de la merienda, no faltaba ninguna, vos lo sabés.

Al rato, desobedecíamos sin querer tus disposiciones (algún grito o alguna que pisaba tu puto pasto), y arrancaba la guerra.

Primero ladrabas desde la reja, siempre con tu pollera de lona —los tobillos blancos al aire— y tu camisa celeste y el cordón que usabas a modo de cinturón apretujándote la cadera. Cómo te calculábamos los tiempos, Alemana. Te obligábamos a que abrieras la puerta. Y ahí sí: salíamos rajando.

Nunca supimos si realmente venías de Alemania. ¿Qué eras? ¿Austriaca? ¿Polaca? No nos importaba. Habías decidido convertirme en nuestra enemiga, y no te la dejábamos pasar así nomás: nos alineábamos en la esquina, firmes como mástiles. Y, ni bien te dabas vuelta, levantábamos el brazo derecho a la altura de la cabeza y... Y con sólo recordarlo se me eriza la piel. No sabíamos qué

significaba ese saludo. Alguien, algún vecino —acaso otro enemigo tuyo—, nos habrá sugerido que te lo refregáramos por la cara.

Así recuerdo nuestras tardes. Éramos muy varoneras, lo sabíamos. Y eso nos divertía. Como también nos divertía jugar a la guerra. Y contra vos, nada menos.

Pasábamos a cualquier hora sabiendo que nos vigilabas a sol y sombra. Y debíamos esquivar tu vereda, sin importarnos que en la calle el sol nos derritiera la cabeza.

Pero, me acuerdo, que una vez quise dárme las de valiente, demostrar que las chicas éramos tanto o más corajudas que los chicos de la esquina, incluso que el propio Sergio. Y no bajé a la calle. ¡No bajé! Seguí heroicamente por tus baldosas grises, que tanto lustrabas. Y, ya llegando al final, oí el crujido de las hojas y una garra me estrujó el hombro. Vos, Alemana, me tironeaste cobardemente desde la pared de ligustros, y si Laurita no llegaba a tiempo, me metías para adentro con alambre y todo. Lo peor fueron esos gritos que escupías en tu lengua y que se me pegaron para siempre al oído.

Y nos tocó vengarnos, Alemanita: llenamos una decena de bombitas con pintura, y sin aflojarle a los pedales te bombardeamos las columnas blancas y la reja verde de tu búnker. Después nos internamos en la plaza y escondimos las bicicletas detrás de la calesita. Nos quedamos bien lejos, por si venías. Ninguna decía nada, pero el terror se traslucía en cada mueca, en cada respiración. La cara de Laurita daba risa: los cachetes colorados por el calor y por el susto, y las sienes empapadas. Gabi parecía un cadáver que no paraba de reírse. En cuanto a mí, debía estar peor que nadie; me acuerdo de que, a pesar de nadar en transpiración, un frío seco me recorría la espalda y me congelaba la nuca. Se me ocurrió que al otro día le contaríamos nuestra hazaña a Mariana, y ella putearía por no haber venido con nosotras. Pero, claro: ella vivía en frente tuyo, Alemana, y de esa tuvo que pasar. ¿Te imaginás lo que hubiera sido de tus dos columnitas si venía Mariana también?

Esperamos en la plaza un largo rato. Y no viniste. Eras muy cobarde, Alemana: siempre acuartelada, siempre espiando, siempre de local.

A la tarde, después de la hora del almuerzo y de la aburrida siesta, nos fuimos todas a la casa de Gabi. Limpiamos así nomás su pileta y nos empantanamos bajo las profundas trincheras de lona azul. Y antes de que oscureciera, la acompañamos a Mariana hasta su casa, que quedaba justo frente a la tuya, y ya no había ni rastros de nuestra venganza: el frente —tu frente— esplendía en un blanco radiante, y toda la cuadra apestaba a pintura fresca. ¡Mirá si te sobraba tiempo!

La acompañamos hasta la esquina nomás, y Mariana se metió corriendo por el pasillo. Ni bien entró, nos fuimos cada una para su casa.

Una semana después volvimos a acercarnos, y para el domingo ya nos olvidamos del asunto. Las tardes se sucedieron de la misma forma: carcajadas, escondidas, rayuela, pelopincho.

Después llegó la época de las lluvias, la pileta sucia, la calle embarrada, las paperas de Gabi, las vacaciones de Laurita. El calor no aflojaba. Nos refugiábamos de los mosquitos en el comedor de Mariana, jugando a las princesas o al estanciero. Y te vigilábamos. Te vigilábamos siempre.

Una de esas tardes, espiondo desde las rendijas de la persiana, me crucé con esos ojos azules, que me estudiaban desde el otro lado de la calle. Descubrimos que la lluvia te mantenía encerrada a vos también. Y también descubrimos que la vigilancia era mutua.

Cuando recrudeció el calor y Gabi ya se había recuperado, habías extendido tus dominios. Apenas si nos permitías caminar por la vereda de enfrente. Y, si saltábamos la zanja, abrías la puerta de sopetón y salías a los gritos, armada con la escoba o la tijera. Y nosotras corríamos. Y desde la esquina, otra vez a levantar el brazo y lanzar el injurioso Heil Hitler! del que tanto me arrepiento.

Porque decíamos ¡Jay Hitler!, pero claro que lo entendías, y se te incendiaban los ojos y nos corrías unos pasos (nunca más de dos o tres). Y, así y todo, jamás te reconciliaste con nosotras, jamás aflojaste.

¿Te costaba tanto ser más astuta, más viva? Acordate, si no, de doña Nelly, la del quiosco de la esquina, que nos fiaba las figuritas de Barbie. O de Mecha, que nos convidaba jugo y no se quejaba cuando nos escondíamos detrás de su tapial o en la copa de su ciruelo. A ellas sí las respetábamos. Si hasta se habían sumado a nuestras filas: se reían al verte correr, y nosotras alzando el brazo triunfalmente; coreando como sirenas el saludo nazi que, al recordarlo, se me vuelve a helar la espalda, como cada vez que abrías la reja.

Y nunca supe qué creías, Alemana. ¿Creías que con un par de gritos nos íbamos a calmar? ¿Pretendías prohibirnos justo lo que más nos gustaba? A veces pienso que ni te importábamos. Como fuese, no aflojabas nunca.

Será porque yo ahora estoy vieja y quejosa, que te escribo. Y, si lo largo después de tantos años, es más que nada por mí... y un poco por vos.

Pero, sobre todo, por el alemán.

Porque no supimos de él sino hasta la tarde del veinticuatro —y mirá que rumores hubo siempre; aunque, la verdad, te creíamos igual de loca que de solitaria—. Si no, tu fortaleza hubiera sido “lo de los alemanes”, y no “lo de la alemana”.

El asunto era con vos.

Y con nadie más.

Por eso con Laura se nos ocurrió hacer una vaquita. Por eso les pedimos a los chicos de la esquina que nos compraran las bengalas, por eso la idea de bombardearte el fuerte, de anticiparte la Navidad.

Y nos enteramos del alemán de la peor forma, en la peor de las tardes: la tarde del incendio. La del chiflido y el resplandor amarillo, seguido del humo negro, que se extendió desde el techo hasta los nísperos y tu ligustro, y todo yéndose a la mierda tan rápido.

La tarde en que los bomberos sacaron el cuerpo humeante del alemán. La tarde que se hizo noche en un chispazo. La tarde en que nosotras lloramos en silencio, cada una en su casa, sofocadas de terror, de brindis apagados y de culpa.

Será porque esa vez, a los once años, descubrí que en alemán se llora igual.

Por eso siempre quise pedirte perdón, por mí y por las demás, y nunca me animé. La verdad... ¿Querés que te diga la verdad? No sé por qué te escribo.

Tal vez porque me muerdo los codos por rajar a los pibes que patean y gritan, por sacar carpiendo a las pibas que saltan el elástico a la hora de la siesta. O porque me sobresalto en mi silla toda vez que oigo remontar una cañita voladora.

¿Es culpa? No, no soy tan buena. Es más miedo que otra cosa.

Será por eso que me encierro a escribirte, alemana: porque tengo la ingenua esperanza de que no haya ya viejas como vos. Porque no quiero salir a la vereda y darme cuenta de que todavía quedan pibas como nosotras.

G. W.

CAPÍTULO XVII

Es sólo un personaje. Uno más. Matilde es un personaje más. Sólo eso es. Es un personaje, tan sólo eso. Matilde es un personaje...

—Necesito que me diga algo —dirá usted—. Que me asegure algo: que Matilde es sólo un personaje.

Los bigotes del otro sonreirán.

—Es sólo eso. No se me eche atrás, hombre. No puede dudar ahora que hasta yo lo acepté. No puede tener las dudas que no tuvo siquiera cuando se dio cuenta de que *usted* era un personaje.

—Que estamos siguiendo la trama —murmurará usted—. Dígame que estamos siguiendo la trama de una novela. Asegúreme que no existimos, que no estamos por matar a una persona.

—Se lo aseguro. Somos todos personajes. Y todo esto es un gran chiste. Un pésimo chiste. Ya lo verá. Cuando lleguemos al final y nos deshagamos de estos cuerpos que nos tocaron en suerte, nos vamos a cagar de risa. Usted por su lado y yo por el mío. Pero le prometo que nos vamos a reír de esta típica escenografía, del pobre de Valentín hablando como poseso, de la O.W. en este papel. Ya va a ver, hágame caso.

Usted asentirá con la cabeza. Pero seguirá pensando. Intentando descifrar esta absurda intriga.

—Sí, no hay dudas —dirá usted—. Matilde es un personaje. Y está acá para justificar la historia, para justificar cada página de esta novela, para justificarnos a nosotros. No hay dudas.

Pero dirá todo esto sólo para no trasladarle al bigotudo la incertidumbre que ahora se desperdiga en su cabeza y que se dispara hacia otras preguntas. Preguntas confusas, que usted preferirá no hacer para que el otro no titubee, para que no quiera dar marcha atrás con lo que acaban de decidir. Sin embargo, en su cabeza, las preguntas de todas formas se harán. *¿Y si detrás de Matilde, o, mejor dicho, en Matilde, hay también un lector? ¿Y si al acabar con la vida de Matilde, acabamos con la vida de alguien más?*

¿Alguien que participa de esta novela desde la pasiva silla que da a la ventana de la calle Charcas? ¿Y si nos convertimos en verdaderos asesinos?

Pero no lo mencionará. Intentará convencerse de que todo concurre hacia un único desenlace. Que todo convergerá en un final exacto, inevitable, con la precisión de un reloj de cuarzo. A fin de cuentas, cada elemento sugerirá que debe ser así. Y la O.W. en estos papeles lo confirmará: Matilde no escribe esos cuentos, quien los escribe es el autor de esta novela. Ella sólo transcribe y luego lee las palabras que el autor pone en su boca.

Usted no logrará convencerse. Y sabrá lo que siente Valentín cuando se debaten en su cabeza esas dos voces. “Es agotador”, había dicho Valentín. Y usted comprobará que es cierto. Y batallará con las voces de su cabeza. Las voces que ahora murmuran una posibilidad que, al oírla, a usted se le antojará vaga y, a la vez, horrible.

¿Y si Matilde es Omar Weiler y no al revés? ¿Y si ella ha escrito esta novela para darle un marco a sus propios cuentos? ¿Y si ella ha decidido ponerle fin a su vida de esta forma? ¿Y si al matar a Matilde muere también Omar Weiler, ahora quizás sentado frente a su máquina de escribir o su portátil? ¿Y cómo encaja en esto que Matilde —acaso Omar Weiler— haya decidido ponerle Matilde debe morir a su libro?

Esas y otras preguntas se hará. Pero todas íntimamente. Razonará que hay algo... algo que vincula cada uno de los cuentos de Matilde. Un hilo conductor. Que es posible que haya una búsqueda. Inconsciente quizás. Una pulsión, que le llaman. Usted querrá haber leído más sobre psicología. Algo de filosofía, por muy poco que fuera. Y Crítica Literaria. Novela negra también. Haber leído más novela negra. Saber cómo funciona la mente de un asesino. La de uno literario al menos. Cómo se construye una novela, un cuento; su estructura, su arquitectura si vale el término. Por qué alguien se sienta a escribir, por qué se dedica a matar a sus personajes, por qué habría de involucrar a sus lectores. Deseará haber leído mucho más. Diez, cien veces más. Mil. Ser capaz de absorber toda la literatura disponible. No sólo la alta literatura, sino también “la otra”, la que entretiene y nada más. La que se caga en las etiquetas, la que te agarra de las solapas y te arrastra por donde se le antoja, y al carajo la representación de la condición humana. La que sólo busca contar bien una buena historia. De género. De aventuras, de terror, de

amores perdidos, de crímenes complejos, de una mujer que va a ser asesinada y que nada se puede hacer.

Haber leído los obligatorios, los Nobel. Los exiliados. Los que insisten en hacer literatura social y se estancaron en el barro del tiempo. Los conceptuales. Los que se reúnen para acariciarse el lomo y pellizcarse los pezones. Los de la recíproca alabanza. Los que inventan debates inútiles, los que se suman a cualquier polémica. Los conferencistas, los indignados crónicos, los del autobombo, los que se anotan en todas. Los reventados. Los de “aún no sé pero ya doy clases”. Los obsesivos. Los pioneros que enarbolan soluciones rancias porque no leen. Los vanguardosos. Los de prosa discreta. Los escritores milimétricos, los microscópicos. Los que se esmeraron en encontrar “la palabra”. Los que comprendieron los largos paréntesis del lector. Los jóvenes impunes. Los que sostienen que el “suceder” es barroco en lugar de preciso. Los capullos argentinos que escriben como traductores de la madre patria. Los timoratos, los solemnes. Los bárbaros, los eruditos. Los que publican poco, con vergüenza, con desánimo. Los que intuyen que a las editoriales les importa todo tres pitos. Los que publican sus domingos, sus meriendas en San Telmo, sus entrañas. Los que escriben anécdotas y las hacen llamar cuentos. Los que cuentan chistes sin gracia y los llaman microrrelatos. Los que organizan tertulias y cenas y orgías secretas, mientras recitan a Whitman y al viejo Vizcacha. Los que toman el micrófono y se resignan a leer sus historias para cuatro gatos locos. Los que su decencia no les permite hacer cosa semejante. Los que se ponen al palo ante la sola presencia de un micrófono. Los que murieron y se evitaron la vergüenza. Los humildes. Los desmemoriados. Los que se esconden, los que rondan, los que acechan. Los execrables lobistas de siempre. Los que se aíslan, los bestseller, los sometidos. Los fotogénicos, los sin rostro, los sin nombre. Los que escriben y nada más. Los que ya no escriben. Los de la Academia. Los populares. Los efectistas. La vasta lista de escritores que usted jamás ha leído. Todos sus pendientes. Los que aborrece, que sin embargo son unos cuantos. Los que usted guarda celosa y orgullosamente en su pequeña biblioteca. Los estoicos. Los que alguna vez oyó nombrar. Los que han sabido ser.

Los genios. Los maestros.

Los clásicos.

Todos.

Todos.

Todo.

Descartes, Platón, Homero, Chandler. Los López, los González, los García. Los anónimos... ¿qué otros? Claro: Kant, Piglia, Greene. Más de Conan Doyle, de Poe, de Highsmith. Denevi, Sábato. Vanasco y su sin embargo. Levrero y su Carter. De Soriano, por supuesto. De Sarmiento. De Lugones. De Macedonio. ¿Escribió alguna vez Macedonio Fernández? ¿Y Pierre Menard?

¿Qué otros? Son tantas las páginas y tan ineficaces los etcéteras. ¿Quiénes en lugar de los etcéteras?

Unamuno y su niebla, ¡eso!

Twain, Flaubert, Hemingway, Víctor Hugo. Leer a dos de los cuatro al menos. Los miserables y Madame Bovary preferentemente.

Dostoyevsky, Gogol, Pushkin y los demás rusos. Muchos son los rusos a los que les adeuda una ojeada.

Y Pascal y Barthes y Verne. Schweblin, Puig, Sasturain. Hasta las abúlicas historias de Mariana Enríquez. Incluso Saer. Pero también a Kafka, a Borges y sus amigos menores. Haber leído a Shakespeare... ¡Shakespeare! Y no quedar como un idiota cada vez que este Federico habla por Valentín. Freud, mucho Freud. Todo lo que Freud haya escrito acerca de la catarsis. Leerlo todo. Saberlo todo. Entenderlo todo. Y tal vez...

Tal vez, todos los cuentos de Matilde tratan acerca de lo mismo. “Desahogo” había sugerido el bigotudo. Tal vez. ¿Acaso la búsqueda de la identidad? ¿De su verdad? ¿De la verdad absoluta? No. Eso sería muy pretensioso.

¿Y si todo esto, toda esta farsa, es en realidad una excusa de Omar Weiler para despotricar contra la literatura actual? ¿Contra sus colegas, contra los escritores que no escriben, contra los editores que no editan? ¿Contra la ociosa actitud del Lector? Otra idea un tanto pretensiosa... ¿Quién es este Omar Weiler para repudiar las muchas formas en las que se ha envilecido el arte moderno o posmoderno? ¿Qué ha hecho él para contrarrestar o para, al menos, no formar parte de tal deterioro? Nada...

Usted seguirá pensando. En vano: ya le he dicho que nada de todo esto es importante. Nada. Sin embargo, usted se empecinará y, a estas alturas, ya se sabe lo que ocurre cuando se le mete algo en la cabeza: no para. Entonces, continuará con la absurda idea de relacionar y conectar los textos de Matilde. Se hará preguntas. De esas aburridas. Las que los escritores usualmente intercalan de puro relleno y que no hacen más que justificar que la acción se ha acabado. O que todavía falta un largo rato —páginas y páginas de tediosa introspección— para que algo interesante vuelva a suceder. En este caso, en contraposición a lo que acabo de denunciar, sólo continuará un brevísimo resumen introspectivo. Un mínimo tedio:

Pasarán por su mente, en resumidas cuentas, todas aquellas dudas existenciales, aquellos disparatados y a la vez desconcertantes temores que ha afrontado durante su vida, sólo que ahora no serán acerca de su propia existencia. No. Ahora le preocupará la mujer que hace un rato ha sonreído y que morirá en minutos.

Al bigotudo no le dirá nada.

Matilde levantará el brazo y hará un ademán en dirección a la barra. Susurrará:

—¿Me cobrás, por favor?

Valentín responderá “Sí, sí, un minuto”.

Valentín, usted y el bigotudo se mirarán.

Y usted saldrá disparado de su silla: no querrá seguir pensando en todo esto. Juntará las hojas sueltas y caminará hasta la mesa de Matilde. Se parará frente a ella y esperará a que levante la vista. Cuando ella lo haga, usted sonreirá de la forma más estúpida posible —esto lo notará en el reflejo de la ventana y en el gesto confundido de ella— y enseguida pensará que no habría bigote en el mundo, tanto en el real como en el de las letras, que pudiera camuflar la cara de idiota del insulso de la mesa 4.

—Matilde, ¿no?

Ella no hablará: afirmará con un leve balanceo de la cabeza.

—Hola, mi nombre es... —dirá usted. Pero se quedará a mitad de camino: dudará entre decir su verdadero nombre o insistir con el falso Horacio Contempomi. Después de un breve titubeo, se decidirá por Horacio:

—Mi nombre es Horacio. No se asuste: la oí hablar por teléfono. Así supe que se llama Matilde.

—...

—Perdón que la moleste, veo que ya se va.

—Sí. Ya me iba.

Usted estirará las hojas del cuento y esperará a que ella las reconozca y las agarre. Pero ella no reaccionará como usted lo esperaba: parpadeará, mirará cómo las hojas temblequean, lo mirará a usted, volverá a mirar las hojas, elevará una ceja y dirá:

—¿Para mí?

—Son tuyas. Se las olvidó ayer.

Ella por fin las agarrará, abrirá grandes los ojos y echará un suspiro.

—Qué tarada, discúlpeme. Tengo la cabeza en cualquier lado. Gracias... Horacio, ¿no?

—Sí, Horacio.

—No sirven, sabe. Los imprimo para hacer las últimas correcciones. De todas formas, gracias.

—Está muy bien, me emocionó.

—¿El cuento? —usted notará, en la voz ahora aburrida de Matilde, que ella mantiene una conversación que no desea tener con un tipo con quien no desea hablar. Entenderá que la charla está terminada. Sin embargo, procurará que ella le dé algún indicio, que le diga algo que venga a confirmar que ella es nada más que un personaje creado por este Omar Weiler. Insistirá:

—Sí, lo leí. Tal vez no debía, pero no pude evitarlo.

—¿A sí? Bueno: es el primero en leerlo. Además de mí, claro está.

Matilde mirará hacia la barra. Usted, de reojo, verá que el bigotudo se acomoda en la silla, que finge no interesarse por lo que ocurre entre usted y Matilde.

—Bueno... —dirá usted.

—¿Puedo hacerle una pregunta?—. Matilde ordenará las hojas y las dejará en la mesa.

—Claro, Matilde.

Usted la habrá nombrado decena de veces. Pero sentirá que recién ahora ese “Matilde” tiene sentido. Ahora que la tiene enfrente, ahora que ella sabe que usted existe, ahora que por fin ella lo mira.

—¿Qué fue lo que le emocionó del cuento? No: espere. Siéntese, Horacio. Ya me voy, pero dos minutos tengo.

—Así estoy bien. Yo también ya me voy.

—Entonces no le robo más tiempo...

—...me sorprendió. Me sorprendió porque parecía que iba para un lado, y terminó yendo para otro. El cuento, digo... Lo de la alemana y eso.

—A mí también. Cuando lo empecé, no sabía muy bien para dónde iba. Y terminó sorprendiéndome. Por eso supe que era bueno. Pero hubo otra cosa, sabe.

—Qué cosa—. Usted la escuchará. Pero estará pensando cómo hacer, qué decir para asegurarse de que ella no existe. De que ella puede morir sin que su muerte traspase los límites de esta novela.

—Lo que me confirmó que el cuento estaba bien, como usted dice, fue otra cosa.

Usted se sentará. Se apoyará apenas en la punta de la silla vacía.

—Lo que me dijo que el cuento funcionaba, fue que se cumplían dos características que siempre busco y que, muy rara vez, encuentro.

—Ajá...

—Lo estoy aburriendo, ¿no? Perdóneme.

—No, para nada. Me interesa.

—Es algo muy mío, una pavada: pienso que el cuento funciona porque en él está lo inevitable: el paso del tiempo. Pero, además, es circular. Cíclico.

—La circularidad también es inevitable —dirá usted, sin saber muy bien qué carajo ha querido decir.

Matilde murmurará:

—El paso del tiempo es inevitable. Los ciclos son inevitables. La muerte es inevitable.

Usted no sabrá qué decir ante ese comentario. Estará fascinado por esos ojos que por primera vez lo miran, que lo descubren recién ahora. Querrá preguntar: ir directo al grano y preguntarle si ella es ella o un lector en algún lugar del mundo. Abrirá la boca y, en el momento en el que esté a punto de hablar, preferirá guardar silencio. Un temor último lo obligará a mantenerse callado: ¿Y si Matilde ni sospecha que es tan sólo un personaje en esta historia? ¿Y si ella se piensa tan real como el hombre que ha usurpado el cuerpo del insulso de la mesa 4 y que ahora la observa desde el otro lado de la mesa? ¿Quién es usted para comunicarle semejante verdad? Eso pensará, ahora que ella por fin lo mira. Usted se tragará las palabras. En cambio, volverá a esbozar su sonrisa estúpida.

—Creerá que estoy loca. Y puede que tenga razón.

—Pienso que escribe bien.

—Puede que tenga razón también en eso —sonreirá.

—Un gusto hablar con usted, Matilde.

—En unos meses se publican mis cuentos —Matilde volverá a mirar hacia la barra. Le hará un gesto a Valentín—. Si se da una vuelta por la feria del libro, puedo autografiarle una copia.

—Ahí nos veremos —mentirá usted.

Por fin usted habrá obtenido lo que había ido a buscar. Ya no le quedarán dudas: Matilde no tiene ni idea de lo que le depara. Matilde se piensa real.

Tan real como ha de creerse el negro de la esquina, o como el encargado. Ella cree que habrá feria del libro, cree que ha sido ella quien ha escrito un cuento que apenas recuerda y que ni siquiera ha firmado. Matilde no sabe que sólo está acá para completar los engranajes de una historia ajena.

Usted se levantará, dirá “Hasta luego, Matilde” y caminará hacia la puerta. Saldrá y esperará a que las cosas simplemente sucedan.

Desde afuera usted verá que Valentín se acerca a la mesa de Matilde. Que hablan, que ella paga, que él le da el vuelto.

Verá que el bigotudo se para y camina también hacia la puerta. Y detrás de él, saldrá Valentín.

Afuera, la oscuridad ya habrá empezado a cubrir la tarde.

—¿Y? —dirá el bigotudo—. ¿Qué fue todo eso?

—Necesitábamos estar seguros, y eso fue lo que hice: ahora ya no quedan dudas.

—Seg... seggg...uimos igual, entonces —afirmará Valentín.

—Sí —dirá usted—. Hay una sola manera de frenar este tren.

—Respire, hombre —el bigotudo resoplará—. Respire.

Matilde —los restos de aquella última sonrisa se adivinarán todavía en sus labios— ya habrá cerrado su cartera y se habrá puesto de pie. Y a usted le parecerá que todo transcurre pausado, lento, con ridícula serenidad: ella se cargará la cartera lentamente al hombro, se estirará lentamente la blusa, caminará lentamente, primero un paso, luego otro y otro más lento y más corto, hacia la puerta del bar. Y cuando ella salga, el tiempo querrá recobrar estos segundos perdidos.

Y así será que ella estará enseguida en la vereda, y al instante siguiente de su blusa brotará un hilo de sangre, que salpicará los zapatos de Valentín y también los del bigotudo, y ella gritará, un grito ahogado, y usted la verá caer sobre sus pies, y sus manos también quedarán manchadas con la sangre de Matilde, que por última vez abrirá los ojos enormes, y el tiempo, ya recuperado de aquel desfase, volverá a la normalidad, y Matilde dejará de

moverse y la sangre tibia mermará pero seguirá manchando los baldosones grises, y el tiempo volverá a ser como fue siempre: tenaz, indómito, preciso.

Y Matilde estará muerta.

Usted sentirá que también deberá recuperarse: se apurará en volver al bar. Ocupará otra vez su silla, la del insulso de la mesa 4. Las manos, manchadas de sangre seca, le temblarán. Verá todo borroso.

Y así hasta que el bigotudo y Valentín se sienten junto a usted.

CAPÍTULO XVIII

El bigotudo encenderá un cigarrillo. Valentín amenazará a decir algo, pero no lo hará. Afuera, la gente se agrupará en torno a Matilde: gritos, manos en las cabezas, gestos pálidos, corridas, una fila de autos que se alarga, bocinas, más gritos, la brillante frente del negro de la esquina destacándose por sobre las otras.

—¿Q...qqq... qqq qué pasó? —dirá Valentín.

—No sé —responderá usted, con voz temblorosa, y será cierto.

—Bueno: ya está hecho —murmurará el bigotudo.

—¿La matamos? —preguntará Valentín.

—No sé —volverá a decir usted. Le temblará la voz, le temblarán las piernas, le temblarán las manos.

Las manos del bigotudo también temblarán: las cenizas del cigarrillo caerán sobre los papeles desparramados en la mesa.

—¿La matamos o no? —repetirá Valentín, mirando hacia el tumulto de afuera.

—No somos asesinos —murmurará usted.

—¿Ahora qué? —preguntará el bigotudo—. ¿Esperamos que la trama avance, como dijo usted?

—No sé. Creo que sí.

—No aguanto más —dirá Valentín—. No aguanto más esto.

Afuera, alguien gritará. Y lejos, se oirá una sirena y más bocinas.

—No somos asesinos —volverá a decir—. Recuérdenlo: somos sospechosos. Siempre ha sido así.

—Esperemos, entonces —confirmará el bigotudo. Qué locura. Qué insensatez.

—...

—Hay algo que no me puedo quitar de la cabeza —dirá usted, mitad porque es cierto y necesita decirlo, mitad porque quiere pensar que todo esto es ficción y sólo ustedes tres saben que en realidad Matilde no ha muerto, sino que nunca ha existido—. Una cosa que no me puedo explicar.

—¿Una sola?—. El bigotudo vaciará sus pulmones en un soplido ruidoso. Se encenderá otro cigarrillo.

—Se acuerda que le dije que Matilde tenía un tatuaje —le dirá usted al bigotudo, y se estirará y agarrará un cigarrillo del paquete.

—Sí, yo no vi ninguno.

—Yo sí lo vi —dirá Valentín.

—Una serpiente... —usted agarrará el encendedor y prenderá el cigarrillo.

—Era un dragón.

—Una serpiente, un dragón, para el caso es lo mismo. El asunto es que lo tuvo una única tarde. Y al día siguiente ya no estaba.

—¿No podría haber sido un tatuaje provisorio? —dirá el bigotudo—. ¿De esos que se lavan?

—Podría ser. Pero el asunto es que aseguraría que debajo del tatuaje, ella tenía una cicatriz. Una marca o algo.

—Sí —confirmará Valentín—. Tenía una cicatriz, parecía una quemadura.

La sirena de una ambulancia o de un patrullero —usted nunca ha sido capaz de diferenciarlas— ahora sonará tan cerca que ustedes deberán subir la voz.

El bigotudo se dará vuelta y mirará hacia afuera. Se frotará los bigotes.

—¿No les llama la atención? —usted seguirá, ignorando el alboroto—. ¿No les molesta que al día siguiente, el tatuaje y la cicatriz hayan desaparecido?

—No —Valentín sonreirá, y esa sonrisa delatará lo pendejo que es—. A mí me pareció chistoso, qué quieren que les diga.

—¿Es necesario hablar de esto ahora? —preguntará el bigotudo—. Afuera se está armando una grande.

—¿Y qué querría hacer? —dirá usted.

—No sé. ¿Rajar?

—¿Rajar? ¿Habla en serio? ¿Rajar y perder la oportunidad de ser los sospechosos? ¿Rajar para no poder rajarse nunca más?

El bigotudo chistará. Hará un ademán, como queriendo ahuyentar una mosca, y volverá a chistar:

—No me hagan caso. Es que la espera me mat... no me gusta la espera. Siga, entonces. ¿Qué hay con el tatuaje?

—Que estuvo y desapareció.

—No va a ser la primera vez —dirá Valentín—. En cierto sentido es chistoso.

—La primera vez de qué, Valentín —indagará usted.

—Mi nombre en realidad es Federico. Federico Axot, ya pueden empezar a llamarme así.

—Vos sos Valentín —dirá el bigotudo—, y no jodamos. Vos sos este que está frente a nosotros, que es más auténtico. No jo-da-mos. Ahora que lo controlás, no empecés con canchereadas.

—Está bien —dirá Valentín—. Está bien, Bigotudo de la mesa 2: seguiré siendo Valentín.

—Entonces, no te parece importante lo del tatuaje —retomará usted.

—No, es una pavada. Lo he visto en decenas de novelas. Hasta en los clásicos: “Errores de continuidad” los llaman.

—¿Como en las películas?

—Claro. Si agarran cualquier novela extensa y la leen poniendo foco en los detalles, van a ver que es muy frecuente. Casi tanto como en el cine.

—¿Entonces vos decís que es un error del autor, de este tal Omar Weiler?—. El bigotudo abrirá los ojos bien grandes.

—¿Por qué no? Miren, escuchen: *Madame Bovary* pasó de tener los ojos pardos en un capítulo, a tenerlos azules en otro, para pasar a tener ojos negrísimos en un capítulo subsiguiente. Si le pasó a Flaubert, ¿cómo no le va a pasar a este Weiler³? Shakespeare de esas tiene muchas. Las de *Rayuela*, por ejemplo, se tomaron como intencionales; “simpáticas y extravagantes alteraciones” las llamaron. Pero yo no me lo trago: también fueron errores de continuidad. Si vieran las primeras ediciones de *Los miserables*, de Víctor Hugo, je, je... no lo podrían creer.

Usted no habrá leído *Madame Bovary*. Tampoco *Los miserables*. Y por la mirada del bigotudo, intuirá que él tampoco.

—Y así, hay casos por todos lados.

—No me convence —atinará a decir usted—. Una cosa es el color de los ojos. Pero, un tatuaje...

—Créanme, es cómo les digo. A ustedes les llama la atención porque es un error más bien grosero. Pero no es el único.

—¿Hay más?

—Claro. Muchos. Miren, uno que me acuerdo: apenas empieza esta novela hay uno. Una errata, que le dicen.

³ Omar Weiler. Seudónimo con el que viera la luz la obra póstuma del filósofo húngaro Marer O' Weil (15/12/1999—31/02/2047).

Hay quienes aseguran que *Matilde debe morir* cobra vida cada vez que alguien acepta avanzar al segundo capítulo. Que esta novela absorbe la energía vital de sus lectores. Que a quien le toque en suerte la posición de El insulso de la mesa 4, perderá progresiva pero inevitablemente las ganas de vivir.

Novela parasitaria, la llaman —ivaya ironía!—algunos críticos.

Hay quienes afirman que alguna vez se ha escrito una biografía de O' Weil con datos no muy alejados de la realidad.

—Igual que la fe —murmurará el bigotudo, sin demasiado sentido.

—En el primer párrafo —seguirá diciendo Valentín— hay una. Una errata. Si no me creen, pueden volver ya mismo al Capítulo I. Es en el primer párrafo.

—Aflojá con el misterio, pibe.

—Dice algo así, para que vean que los errores son moneda corriente: “Es un típico bar de Palermo. Uno de los tantos que se desparraman por la *cuidad*”.

—¿Es joda? —dirá usted.

—Lo juro. Dice “Cuidad” en lugar de “Ciudad”. Y nadie lo notó. Ni el tal Weiler, ni el editor (si es que todavía existen editores), ni usted, ni usted. *Ni usted*.

—¿Cómo puede ser? Yo creía que era imposible que pasen esas cosas.

—Igual, pibe —dirá el bigotudo—, no es lo mismo lo de la errata que lo del tatuaje. Además, es poco serio.

Usted coincidirá:

—Coincido.

—Es verdad —dirá Valentín—. Pero lo del tatuaje me pareció gracioso.

—Que chistoso esto —dirá el bigotudo—, que gracioso aquello. A mí me parece bastante arrancado de los pelos. ¿Y dónde quedó eso de “Esto no es un juego, hablamos de la vida de una persona”? ¿Es joda esto?

—Yo pienso qqq... que el autor, o el editor (si es que todavía existen editores, insisto), en este caso sí notó el error de continuidad. Y decidió dejarlo. Ya sea por astucia o por desidia. Lo dejaron. Porque está claro que sólo para nosotros esto no es un juego. Para el autor, esto es precisamente eso. Un gran juego. Y se la debe estar pasando de maravilla. ¡Claro que es un juego! Si hasta tuvo que agregar una aclaración al principio de la novela para que lo tomáramos en serio.

El bigotudo lo mirará a usted, como esperando que diga algo. Usted no dirá nada. Entonces, será el bigotudo quien hable:

—¿Vos estás del lado de este Weiler, entonces?

—Nnnn... no. No dije eso. Yo estoy ddd... del lado de la inteligencia. Y me parece que el autor de esta novela nos supera en inteligencia. Lo que no es decir mucho, según veo.

—Qué querés decir, pibe. Explicate ya.

—Nada. Qué sé yo. Hay que reconocer que es gracioso. Un error de continuidad deja de serlo cuando es plantado a propósito. Me parece una idea interesante. Y creo que está bien, que hicieron bien en dejarlo, que refuerza la idea de metatextualidad de la trama.

—Metatextualidad —repetirá usted.

—Permítanme decirles —será el bigotudo quien hable— que, fuera de toda broma, ustedes dos son un par de personajes. Matilde acaba de morir y ustedes están que metatextualidad esto, que metatextualidad lo otro. Qué personajes, mi Dios —. Y largará una carcajada; y a usted, un poco, también le darán ganas de reír.

La puerta del bar se abrirá. Y entrará el negro de las baratijas junto a dos policías. Uno gordo y mal afeitado; el otro, flaco y canoso. El negro señalará hacia la mesa 4, hacia donde ustedes estarán sentados; y los policías desenfundarán y gritarán “¡Las manos en la mesa!”, y el negro repetirá una seguidilla de palabras que usted no entenderá: “¡*Megtrié megtrié!*”.

Pero no hará falta entenderlas: en los ojos del negro habrá horror y desprecio. Y no hará falta más.

—Nosotros somos los sospechosos —dirá usted, levantando las manos—. Los metasospechosos.

Y buscará los ojos del bigotudo. Él dejará caer el cigarrillo. Sonreirá. También levantará las manos. De entre sus bigotes, brotará una risotada parecida a una tos.

—Señores, tranquilos —indicará el policía flaco.

—Estamos bastante tranquilos —murmurará el bigotudo—. Metatranquilos estamos.

—Nos van a tener que acompañar —dirá el policía gordo.

No creas nunca que algo pueda ser, o darse, o suceder, ni que remotamente pueda llevarse a cabo.

Sin embargo Juan vivía

Alberto Vanasco

LA ESPERA

CAPÍTULO XIX

El negro nunca declarará. Usted se enterará de que habrá sido citado y de que él no responderá ni a la primera ni a la segunda citación. Que después del asesinato, no volvió a aparecer por la pensión, que no lo han vuelto a ver por Palermo. De modo que su testimonio no formará parte de la causa, aunque la investigación se apoyará extraoficialmente en aquel testigo, ahora desaparecido. Así es como usted —es decir, el insulso de la mesa 4— y los otros dos serán los principales sospechosos. Y la sospecha se deberá también al cuaderno hallado en la cartera de Matilde. En él, todas las hojas tendrán escrita una única y extraña frase:

ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS QUE, POR ESTAS HORAS FRECUENTAN EL BAR DE CHARCAS Y ARMENIA, SERÁN LOS SOSPECHOSOS.

La frase se repetirá renglón tras renglón, hoja tras hoja:

ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS QUE, POR ESTAS HORAS FRECUENTAN EL BAR DE CHARCAS Y ARMENIA, SERÁN LOS SOSPECHOSOS. ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS QUE, POR ESTAS HORAS FRECUENTAN EL BAR DE CHARCAS Y ARMENIA, SERÁN LOS SOSPECHOSOS. ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS QUE, POR ESTAS HORAS FRECUENTAN EL BAR DE CHARCAS Y ARMENIA, SERÁN LOS SOSPECHOSOS. ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS QUE, POR ESTAS HORAS FRECUENTAN EL BAR DE CHARCAS Y ARMENIA, SERÁN LOS SOSPECHOSOS. ESTA MISMA SEMANA SERÉ ASESINADA: MI CADÁVER SERÁ HALLADO A METROS DE LA SALIDA DE ESTE MISMO BAR. Y CADA UNO DE LOS

[illegible]

Por eso se dictaminará su procesamiento y el de los otros dos. El bigotudo y Valentín serán encerrados en celdas contiguas a la suya, en alguna comisaría de Palermo.

El bigotudo ni hablará. Pasará las tardes en silencio, leyendo un diario viejo y sucio. La voz de Valentín —la verdadera, no la del fumador— sólo se oirá las veces que pida, que ruegue, que por favor llamen a su papá.

Al ver que es inútil, usted desistirá de hablarles.

Y luego de permanecer incomunicado por dos semanas, alguien por fin vendrá a verlo: un petiso de inquietos ojos marrones, como de pájaro, desplegará una pila de papeles sobre el único banco de la sala de visitas. Se presentará:

—Soy su abogado —dirá, al tiempo que le muestra una copia del cuaderno de Matilde—. Doctor Horacio Contempomi, a su servicio.

Usted no podrá evitar sonreír. Este maldito Omar Weiler es dueño de un enorme sentido del humor, pensará usted.

Después de las conversaciones de rigor, usted intentará de mil maneras describirle lo ocurrido. El abogado fingirá escucharlo, pero no hará más que repetir dos palabras. Sólo dos:

—Está complicado...

“Está complicado”, murmurará cada vez que usted haga una pausa en su relato. “Está complicado... ajá... Está complicado”. Y por muy inexperto y vacilante que parezca este desagradable petiso, usted entenderá que tiene razón: está complicado.

Comprenderá también que no habrá manera de que nadie crea semejante historia. Mucho menos dejando su suerte en manos de este tipo. *¿Complicado? Jodidos estamos, muy jodidos.*

Todo será irrisorio y absurdo. Seguirá siéndolo.

Revoleando los ojos, el abogaducho se despedirá. Chistará y volverá a decir:

—Está complicado.

Sin embargo, al parecer, la complicación no incluirá los destinos del bigotudo y de Valentín: ellos serán los primeros en abandonar la comisaría.

Días más tarde, el petiso volverá a visitarlo. Evitará decir aquellas dos palabras. Y usted lo agradecerá. En cambio, él lo anoticiará acerca de lo ocurrido con Valentín y el bigotudo: ellos habrán declarado que ha sido usted quien asesinó a Matilde Vieytes. Ese será el nombre que figure en la causa: Matilde Vieytes.

Habrán declarado que salieron del bar detrás de usted y que, tan pronto como Matilde Vieytes puso un pie en la vereda, usted fue a su encuentro, la agarró por la cintura y que, enseguida la vieron caer al piso, y un chorro de sangre brotó de su blusa, y que ella apenas si supo lo que ocurría.

Eso dirán estos miserables. De modo que no hará falta que el abogado mencione lo mal que va su situación.

Para entonces, usted no sabrá qué creer. Porque nunca ha tenido la posibilidad de ver más allá: desde el comienzo, desde el capítulo 2, se ha sabido sospechoso —al igual que los otros—, pero nunca asesino. Y ya sea porque ellos han confabulado para salir de la cárcel, o porque el autor se ensañó con el insulso de la mesa 4, o porque realmente ha sucedido de la manera en que el bigotudo y Valentín han declarado, usted estará frito.

Su pánfilo abogado de ojos inquietos —seguramente manipulado por el autor de esta novela— no conseguirá evitar la acusación. Y tras el procesamiento, habrá condena también.

CAPÍTULO XX

Entonces, con la velocidad de un chasquido —velocidad que rara vez posee la justicia y que más bien se asemejará a la impericia literaria de un escritor torpe—, usted será trasladado a la Colonia Penal de Ezeiza.

El viaje en el micro de la Policía Federal será tan callado, tan agobiante, que usted querrá gritar. Y lo hará: un grito ensordecedor que antecederá a un nuevo silencio, que de alguna forma también será ensordecedor. No habrá consecuencias por su berrinche. Los oficiales ni siquiera van a mirarlo. Lo ignorarán: en la cabina, seguirán hablando de lo suyo, del operativo que vendrá o del que ya fue, y comunicándose por handy con otros oficiales y riéndose de sus cosas. Dirán palabras típicas de su jerga. Entre carcajadas, repetirán la palabra “Malviviente”. Y usted no podrá hacer más que llorar y aceptar que sólo le queda el silencio.

Su larga estadía en el penal será horrible. Una pesadilla será. Y ya no por lo que usted imaginaba ocurriría una vez ingresara a la cárcel, sino por algo acaso igual de espantoso: en la cárcel, nadie hablará con usted. Usted sabrá lo que es ser despreciado. Se sentirá como el más repulsivo delincuente, como un leproso en descomposición. Y, día a día, se repetirá la escena que debió soportar en el micro: los guardias, los otros presos, los cocineros, los trabajadores sociales, pasarán junto a usted y lo ignorarán. No habrá intentos de violación, como usted habrá temido, no habrá guardias que lo molesten, no habrá escenas en la ducha, ni extorsiones, ni golpes, ni nada. Sus días transcurrirán en insoportable silencio, uno igual al otro y al otro y al anterior. Y el tiempo, aquel cómplice de lo que ha ocurrido a la salida del bar de Charcas y Armenia, se encaprichará en no avanzar. O en avanzar sin que usted lo perciba. Usted entenderá, entonces, aquello que alguna vez dijo Valentín. O Federico, o quién fuera: “Esta novela es una cárcel, un laberinto”.

Y usted mirará a cada guardia, a cada preso, y les preguntará si en verdad son ellos o si son otros lectores de esta novela, y ninguno, nunca, le responderá.

Durante su prolongada estancia en la cárcel —en esta novela-cárcel—, usted pensará en una única cosa. Pensará en esa cosa al punto de hacerla su mayor obsesión.

Pensará en aquello que le dijo Matilde. La muerte es inevitable, le había dicho. El paso del tiempo es inevitable. Los ciclos son inevitables...

Entonces, de tanto pensar y darle vueltas, se dará cuenta de que hay una única solución a su problema. Porque todo este tiempo encerrado le servirá para entender que la única posibilidad de escapar de esta historia, será regresando al lugar donde todo ha empezado.

Los ciclos son inevitables.

Y eso hará.

CAPÍTULO XXI

Aprovechará que ya nadie —ni siquiera el mismísimo Omar Weiler— recordará que usted permanece confinado entre las agobiantes líneas de esta historia. Y luego de cumplir la condena —cada uno de sus días, cada uno de sus silenciosos años—, viajará otra vez hasta Palermo. Volverá con lo poco que llevaba la última vez y que nadie se ha interesado en apropiarse: nada más que el librito y un par de billetes en el bolsillo de su campera.

Tomará un taxi hasta Villa del Parque porque sólo eso podrá pagar. El resto del trayecto lo hará en colectivo. Recorrerá las calles de Palermo hasta que dé con aquella impasible esquina: por fin habrá regresado, agotado, débil —pero decidido—, al bar de Charcas y Armenia.

Aguardará afuera hasta que la mesa 4 se desocupe. Entrará y se ubicará en su silla de siempre.

Sacará del bolsillo el pequeño libro azul de aquella primera tarde. Lo abrirá en una página cualquiera. Y así esperará una nueva usurpación. Permanecerá sentado —ya acostumbrado al silencio y a la quietud—, sin moverse y sin siquiera pestañear. Esperará a que Valentín venga a atenderlo, a que el bigotudo irrumpa en el bar y se siente en su silla de la mesa 2, a metros del 42 pulgadas. A que Matilde entre hablando por celular y ocupe su lugar frente a la ventana de la calle Charcas.

Sin mover un pelo esperará. Esperará que alguien de vuelta aquella primera hoja para, así, volver a ser quien alguna vez fue.

EPÍLOGO

Y llegará al último párrafo del epílogo con una mezcla de excitación, alivio y amargura. Deseando por fin despedirse del cuerpo que ha ocupado durante esta historia. Decirle “Hasta nunca” al insulso de la mesa 4. A este absurdo bar de la esquina de Charcas y Armenia.

Querrá cerrar este libro y olvidarse de todo el asunto.

O no.

Acaso en unos días —acaso mañana mismo—, buscará este libro en su biblioteca y lo llevará con usted. Y, en el momento en que se encuentre con aquel a quien usted detesta, aquel a quien usted le escupiría la cara si pudiese —quizás a un jefe, quizás a quien aquella vez le rompió el corazón— le entregará este libro de tapas azules. Le dirá que es la mejor novela jamás escrita o una mentira semejante. Le dirá que pruebe, que sólo deberá leer un par de capítulos para dejarse cautivar por la historia. Y eso le dará cierto sentido a todo esto.

O no.

Quizás usted no pueda evitar lo siguiente: quizá terminará este epílogo para regresar inmediatamente al primer capítulo, a aquel típico bar de la ciudad, a aquel comienzo. Entonces, quizá se ubicará, otra vez, en el insulso de la mesa 4.

Esa también será una posibilidad.

Habrà muchas posibilidades, es cierto. Pero, para serle sincero, usted no tendrá ninguna opción. No decidirá usted, insistente y ocioso lector, el siguiente paso. En resumidas cuentas, nada dependerá de lo que usted decida o crea decidir. Todo estará en manos de este escritor mediocre que se hace llamar Omar Weiler.

El mismo que ahora escribe y que aún no ha resuelto qué hacer con usted.